

—|—

Páginas después de una batalla: interpretación, testimonio y memoria

FERNANDO DURÁN LÓPEZ
Universidad de Cádiz¹

Levantose un huracán desde las alturas de Barrosa que
jamás tuvo semejante en lo descomunal e hinchado

José María BLANCO WHITE, *El Español*²

HECHOS DESNUDOS Y HECHOS VESTIDOS

Para titular esta historia de guerra me he permitido parafrasear el hermoso y pictórico nombre de una conocida película de Andrzej Wajda, *Paisaje después de la batalla* (*Krajobraz po bitwie*, 1970), una historia polaca de supervivencia en los campos de concentración nazis. Después de una batalla, no nos olvidemos nunca, el paisaje que queda está principalmente formado por desolación humeante, almas desmembradas y cuerpos vacíos, por soledad, destrucción y muerte. Pero yo voy a hablar de un paisaje distinto, el que se forma con lo que viene después de la batalla; dicho de otro modo, no voy a hablar de la guerra, sino de sus representaciones, de los paisajes construidos con páginas y con palabras. Y la guerra, en la que suelen ventilarse pasiones e intereses extremos, deja siempre tras de sí un monumental montón de incertidumbres, de mensajes contradictorios cruzados en un movimiento caótico e incesante. Lo que no se ha conseguido en el campo de batalla real puede intentar ganarse en la batalla propagandística posterior. A ese es al paisaje al que voy a referirme.

1 Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación, *Historia de la literatura española entre 1808 y 1833*, ref. FFI2010-15098.

2 *El Español*, nº 16, 30-VII-1811, p. 271.

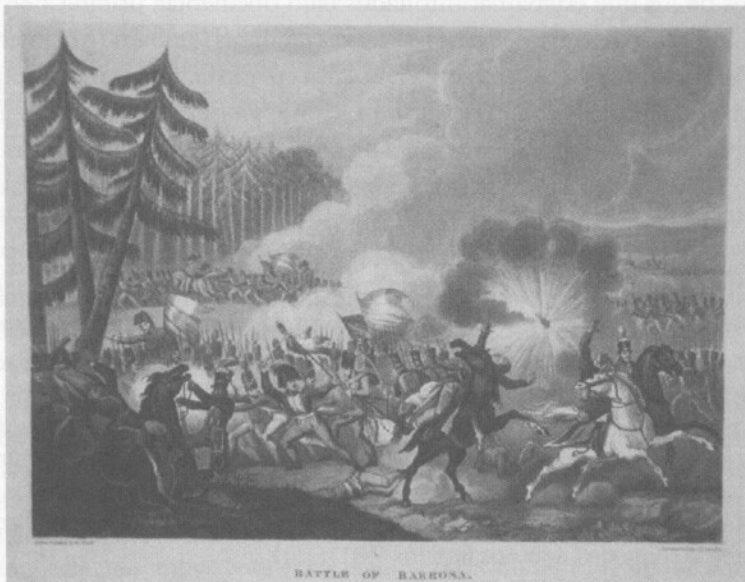
Los historiadores aspiran a eso que, con desbordante optimismo, se suele denominar hechos *desnudos*, esa fantasmagórica verdad histórica documentada y unidireccional —«la verdad», ya se sabe y el dicho lo dice, «solo tiene un camino»— en la que habría de cesar la incertidumbre, ordenarse el caos y detenerse el movimiento confuso de los mensajes. No entro a valorar si realmente encuentran eso que dicen que buscan, o en el mejor de los casos solo creen que lo encuentran, o si tales hechos documentados transmiten el grado de verdad que se les atribuye de modo fetichista. Me limito a apuntar que no soy historiador y que los hechos que me interesan son precisamente los hechos *vestidos*, es decir, el cúmulo de relatos, polémicas, justificaciones, testimonios, interpretaciones, mitificaciones... a posteriori, que ocurren después de la batalla y que tienen como campo de combate las páginas de papel y tinta en que se quiere cobrar lo ganado, ganar lo perdido, disimular lo fallado o exaltar lo acertado. Así pues, mi propósito será dar algunas pinceladas sobre esos hechos *vestidos* de la batalla de Chiclana, algunos destellos de lo que significó para sus protagonistas y para quienes la padecieron, y de cómo, tras los disparos y los cañonazos, se siguió librando la batalla incesantemente, durante meses y años, a adjetivo limpio y a rima calada.

Pero antes habrá que resumir algunas desnudeces. Los hechos desnudos de la batalla de Chiclana, de los Campos de Chiclana, del Pinar de Chiclana, de Barrosa o del Cerro de la Cabeza del Puerco, acaecida el 5 de marzo de 1811, se pueden resumir en pocas palabras. El mariscal Jean de Dieu Soult había sido puesto por Napoleón al frente del distrito militar de Andalucía, una de cuyas prioridades estratégicas era la conquista de Cádiz, proeza que hubiera supuesto la probable disolución del gobierno español y, acaso, el final de la resistencia nacional a los invasores. Pero Cádiz y la Isla de León eran plazas casi inexpugnables por su magnífica ubicación geográfica, que impedía un bombardeo eficaz desde tierra firme con la artillería entonces disponible y que tampoco permitía una invasión masiva de infantería debido a los caños, marismas y esteros que la separaban del continente, siempre que una fuerza suficiente sostuviera la línea defensiva. El gobierno español consiguió esa fuerza a comienzos de 1810 gracias a la entrada *in extremis* de las tropas del duque de Alburquerque, justo antes de que se presentara ante la bahía gaditana el gran ejército imperial de Soult. Como los ingleses controlaban el mar y también aportaron unos pocos miles de soldados a la guarnición, en la Isla de León se acantonaba un ejército aliado considerable y los puntos clave que la separaban del interior ocupado por el enemigo se protegieron con fortalezas y baterías artilleras a lo largo del caño de Sancti Petri.

Así las cosas, siguió un desesperante asedio de treinta meses, que fue una de las batallas más decisivas, aunque también menos espectaculares, de la guerra de la Independencia, una batalla de desgaste y operaciones colaterales, por tierra, por mar y a cañonazos, que nunca conseguían ni levantar el sitio ni amenazar Cádiz y la vida

casi normal de los gaditanos, abastecidos y bien comunicados por mar. Por parte francesa, a las órdenes del mariscal Claude Perrin Victor, un cuerpo de ejército de los tres que tenía Soult para controlar Andalucía entera y para apoyar los intensos combates librados en Extremadura —Napoleón le apremiaba para que reforzase a Masséna en Portugal—, estaba empantanado sosteniendo la dilatada cadena de posiciones del perímetro sitiado y esperando forzar un asalto final que nunca se produjo. Los aliados disponían de tres bases navales en Cádiz, Tarifa y Gibraltar, desde las que hacían incursiones tras las líneas galas y las cañoneaban, además de hostigar las comunicaciones y suministros de Soult, con el apoyo de las tropas y partidas de civiles que operaban activamente en la serranía de Ronda y el campo de Gibraltar.

En enero de 1811 el mariscal francés emprendió una ambiciosa campaña en Extremadura para contactar con Masséna, durante la cual lanzó un durísimo ataque contra Badajoz, culminado con la humillante capitulación española el 10 de marzo. Coincidiendo con el sitio de la ciudad extremeña, el ejército aliado anglo-luso-español pasó a la ofensiva para aflojar la presión en la estratégica línea del Guadiana. Por un lado, Masséna fue obligado por Wellington a retirarse más al norte de Santarém, dejando sin sentido el avance de Soult hacia Portugal para combinar fuerzas; por otro, Ballesteros había derrotado a una unidad francesa secundaria y amenazaba Sevilla desde las sierras septentrionales. Pero la operación más importante fue la batalla de Chiclana el día 5 de marzo, el mayor intento aliado de levantar el asedio de Cádiz, anular al cuerpo de ejército de Victor y sembrar el desorden en la retaguardia de Soult, aprovechando que este había retirado parte de las tropas sitiadoras para apoyar su jornada extremeña. La noticia llegó al



BATTLE OF BARRONA.

mariscal el día 12, cuando ya había conquistado Badajoz, solo para descubrir que esa conquista apenas servía a sus planes y que tendría que preocuparse por las debilitadas posiciones que había dejado tras sus pasos en Sevilla y en Cádiz.

La operación anfibia lanzada a fines de febrero, que la prensa bautizó como «la expedición» sin más, fue, por consiguiente, la mayor de cuantas se emprendieron para levantar el asedio. Aparte de las razones militares que la aconsejasen, todas las fuentes, sea con la intención que sea, coinciden en señalar que existía una fuerte presión política y de la opinión pública para realizarla; a pesar de haber un importante ejército en la Isla, durante un año no se había emprendido con él ninguna acción ofensiva de envergadura y los gaditanos llevaban mal esa inacción, que prolongaba los perjuicios del sitio y la penosa impresión de que los franceses campaban por sus respetos a pocos kilómetros del gobierno. El propio informe del ejército indicaba:

el natural ardor del pueblo miraba con desaprobación trabajar los enemigos a su frente sin que se les estorbase, y más entusiasmado que entendido en materias de guerra, le parecía que el ejército debiera empeñar continuas acciones, con las que creía obligarlos a desaparecer (Estado Mayor, 1811: 2v).³

Ese factor no ha de ser menospreciado, pues tiene mucho que ver con la polémica posterior sobre las resultas de la intentona. El plan consistía en desembarcar en Tarifa unos ocho mil soldados españoles mandados por el general Manuel de Lapeña y unirlos a unos cinco mil ingleses, escoceses, irlandeses, portugueses y hannoverianos de los que estaban acantonados bajo obediencia británica en la Isla de León y Gibraltar, al mando del general escocés Thomas Graham (finalmente el desembarco inglés se hizo en Algeciras y el español en Tarifa, por el mal tiempo). Reunidos ambos ejércitos bajo el mando de Lapeña, ya que los españoles aportaban mayores efectivos, tenían que avanzar para sorprender a los franceses tras su línea de asedio, a la vez que los españoles lanzaban un ataque frontal desde la Isla de León

3 El informe sigue explicando que, ante una línea de fortificaciones *defensivas*, como a la postre habían acabado siendo las francesas, todo ataque con fuerzas equilibradas es temerario, solo puede intentarse cuando se disponga de una superioridad decisiva. Ese estado se había alcanzado a principios de 1811 con el adiestramiento de las tropas aliadas y la reducción de las sitiadoras. El elemento económico no era tampoco irrelevante: una operación naval y terrestre que implicaba infantería, caballería y artillería, desplazar más de diez mil soldados y pertrecharlos adecuadamente, requería presupuestos difíciles de reunir. Alguna fuente de las que se citan en el apéndice menciona que fue la llegada de remesas del nuevo virrey de México la que permitió la campaña; el Estado Mayor, sin embargo, habla del «millón de reales que la Junta de Cádiz nos facilitó» (1811: 15r).

tendiendo un puente de balsas sobre el caño de Sancti Petri. Inicialmente el ataque estaba previsto desde Medina, pero sobre la marcha hubo que cambiar la ruta y, tras varios retrasos y contrariedades, la expedición avanzó por la costa entre Conil y Chiclana. Tras un primer choque entre los franceses y la columna expedicionaria el 2 de marzo y tras repeler en la noche del 3 a la avanzadilla del ataque español en la cabeza de puente del caño, Victor movilizó diez mil hombres con la idea de envolver desde el este y el norte a los soldados de Lapeña y Graham, dividiéndolos y encerrándolos contra el mar. El 5 de marzo se libró el combate principal en los pinares, colinas y campos que circundaban el camino costero que iba desde la Barrosa a la Isla. A partir de aquí las versiones se hacen más problemáticas.

La vanguardia de Lapeña, apoyada por una nueva salida de la guarnición de la Isla, obligó a los franceses de Villatte a retroceder al otro lado del arroyo de Almansa abriendo la comunicación por Sancti Petri; el general en jefe concentró tropas por la costa yendo hacia el extremo oeste de la línea de asedio, mientras que los ingleses en retaguardia le tenían que seguir en paralelo por los pinares del interior para agrupar finalmente todo el ejército expedicionario en un mismo punto. Los franceses de Victor, sin embargo, se adelantaron y por sorpresa atacaron el flanco y la retaguardia aliada desde el este con fuerzas muy superiores, apoderándose del cerro de la Cabeza del Puerco, tras desalojar al pequeño destacamento que desde esa estratégica altura protegía el avance aliado hacia Torre Bermeja. En ese momento Graham, cuya columna atravesaba los bosques, cambió el plan, desobedeciendo la estrategia fijada por Lapeña, y ordenó contramarchar para apoderarse de nuevo del cerro, pese a la superioridad numérica y táctica de las posiciones imperiales. Tras varias enrevesadas maniobras, se empeñó un combate muy comprometido en que hubo enormes bajas y en que los ingleses por fin consiguieron ahuyentar al enemigo del cerro y apoderarse del águila imperial del 8º regimiento de línea francés. Los lances fueron terribles, con intercambios de fuego que causaron una carnicería tanto en franceses como en británicos. Los soldados de Victor tuvieron que replegarse a Chiclana, pero los británicos quedaron diezmados.

Mientras ocurría esto, Lapeña, sin cambiar de planes, no retrocedió en apoyo de los ingleses, cuya arriesgada maniobra parecía poco ortodoxa y condenada al fracaso, y ni siquiera inició un movimiento que indicase a los franceses que pudiera hacerlo, sino que mantuvo su ejército en posiciones defensivas varios kilómetros más al norte.⁴ Graham, por su parte, que había tenido enormes pérdidas, consideró que no había

⁴ La versión del alto mando español es más compleja y en ningún caso admite haber actuado de manera apática o defensiva, sino que insiste en que la acción de Graham y su resultado ocurrieron tan lejos y tan rápido que los generales españoles no pudieron saber lo que pasaba, y entendieron que la retaguardia había sido atacada con éxito por la espalda, «nuevo motivo que hacía más importante el sostener la posición de Torre Bermeja y Molino de

recibido la ayuda debida, pensaba que sus tropas no estaban en condiciones de emprender una nueva acción contra los franceses para continuar la campaña, como pretendía Lapeña, y decidió airadamente evacuar el resto de su ejército a la Isla el día 6. El general español, a pesar de sus deseos de atacar a Víctor con todo lo que tenía, aunque fuera en solitario, fue frenado por la Regencia, que no confiaba en una ofensiva sin los ingleses y temía que, en caso de derrota, Cádiz quedara desguarnecido. Lapeña, pues, tuvo que retirar entonces también sus efectivos el día 7 y Víctor en seguida volvió a llevar los suyos el día 8 hacia la línea de asedio.⁵

Almansa, único repliegue que en tal caso les quedaba» (Estado Mayor, 1811: 25r-v). De ahí que se limitaran a reforzar Torre Bermeja, considerada como nueva retaguardia del grueso del ejército, para cubrir su posible retirada. «Tan lejos se estuvo de creer la victoria conseguida por las tropas aliadas en el cerro del Puerco, que aun se tuvo por quimérica la primera noticia, pero la continuación de testigos oculares hicieron reverdecer la satisfacción por la gloria conseguida en ambos puntos» (26r). En su contestación particular, Lacy es más duro: «ni las intenciones ni el vencer son suficientes pruebas del acierto de una determinación, porque si se ganó pudo ganarse más, exponiendo menos, y porque en lo militar el no ganar en regla es un milagro que se ve pocas veces, y no se debe ensayar» (1811: 6); «¿qué circunstancia desesperada obligó a renunciar a tan fuerte apoyo [el bosque] y emprender *un combate tan desigual?*» (11); «el que se arroja de una torre sin que nadie se lo mande, no tiene a quién echar la culpa si se mata» (12).

5 Remito primeramente a David Gates (1987: 237-246), por su claridad y capacidad de síntesis, pero también a Aragón y Quiñones (2004) y otras fuentes. Los relatos históricos sobre la batalla, en especial británicos, abundan en todo el siglo XIX y aun después; véase en particular, por ser una de las pocas piezas inglesas que defiende a Lapeña y muestra cierta antipatía por Graham, la historia del gran poeta e hispanófilo Robert Southey (1832), quien había escrito en parte para replicar la divulgada historia de la guerra peninsular de William Napier (1833, la 2ª ed. del t. III), donde puede verse una acabada muestra de la versión británica estándar sobre la acción de la Barrosa. El relato de Oman (1911), en un estilo historiográfico mucho más moderno sigue también esa versión, es detalladísimo y reúne una gran variedad de fuentes (sobre todo de memorialistas ingleses, lo que condiciona el resultado). Es instructivo que apenas ninguno de estos historiadores recurra a fuentes españolas directas (sí a algunas francesas), incluso las pocas que tenían disponibles en inglés, como la defensa de Lacy o lo que reflejó la prensa londinense en 1811. No sé si vale la pena mencionar a Charles Esdaile, presunto renovador de una materia en la que más bien involuciona hacia un remoto pasado de tópicos y prejuicios, y cuyo alarde de fuentes españolas no es sino eso, un alarde; su defectuoso relato de la batalla se basa en exclusiva en los testimonios británicos más negativos, y no precisamente los más fiables (2003: 384-385). En cuanto a los historiadores españoles, que a duras penas consiguen construir un relato alternativo ni salir bien del asunto, pero que al menos se ven obligados a confrontar diferentes discursos, escindidos entre la pulsión patriótica de unos y el análisis crítico de otros, me limitaré a mencionar algunos textos tempranos: Muñoz Maldonado (1833: 19-31), Toreno (1835: IV, lib. 14º, 33-46), Argüelles (1835), Príncipe (1847)... De las fuentes francesas —que, previsiblemente, parecen hablar de otra batalla distinta— diré algo más adelante.

INTERPRETACIONES

Las distintas explicaciones de por qué Graham y Lapeña hicieron cada uno lo que hicieron (por táctica, por desconocimiento, por malentendidos, por cobardía, por temeridad...) son parte esencial de la intrincada polémica que siguió a continuación. De hecho, el nudo central del asunto radica en esas tres decisiones tomadas en el fragor de la pólvora y el derramamiento de sangre: la de Graham de contra-marchar hacia el cerro del Puerto; la de Lapeña de no reaccionar ante ese movimiento; y la de Graham de retirar sus tropas de la expedición. A estos tres hechos clave les rodea una decisión previa que los ingleses acabaron considerando fatal —el nombramiento de Lapeña y la subordinación de Graham a este—, así como una infinidad de hechos menores que alimentan la controversia, pero que en última instancia penden de aquellos: por qué se marchó de noche y no de día, si se extraviaron los guías, por qué no se siguió la ruta de Medina, por qué la cabeza de puente de Zayas fue desalojada en la noche anterior, por qué Zayas no fue bien informado de los cambios de planes de la expedición, etc. Todo eso importa mucho en una polémica, pero solo siempre y cuando la polémica exista, y esta polémica existe solo por las tres decisiones citadas.

La interpretación de los críticos, sobre todo británicos, es que los aliados desaprovecharon la victoria al negarse Lapeña a ayudar a los ingleses y que de haberlo hecho se podría haber levantado el asedio. También acusaban al general español de obligar a marchar de noche al ejército, emplear malos guías y elegir una ruta equivocada; le reprocharon igualmente haber abandonado la posición del cerro del Puerto y haberse negado después a librar el combate ya entablado. Adujeron contra don Manuel toda clase de argumentos personales: ser un militar de salón más adecuado para las intrigas cortesanas que para el campo de batalla; deber sus mandos a la protección de la duquesa de Osuna; tener un historial de actos cobardes o excesivamente prudentes en el pasado... A efectos narrativos y argumentativos, es fácil y expeditivo hacer pender todos los acontecimientos de una cuestión de carácter, que resuelve el problema, como luego veremos, en un *agon* dramático entre el blando Lapeña y el aguerrido Graham.⁶

⁶ Toda esta argumentación puede bien comprimirse en las frases lapidarias de un exhaustivo historiador de aquella guerra: «Si Graham en persona hubiese encabezado las fuerzas combinadas, es seguro que el sitio de Cádiz se habría levantado en ese momento, aunque nadie puede decir qué habría seguido a dicho éxito, ya que habría ocasionado tal convulsión en Andalucía y tal concentración de fuerzas francesas que el conjunto de las condiciones de la guerra en el sur habrían quedado alteradas. Graham tenía todas las cualidades que le faltaban a Lapeña: resolución indomable, decisión pronta, buena vista para la topografía, la capacidad de insipar una confianza entusiasta en sus tropas. No era un simple soldado

Lapeña y sus oficiales —en particular Lacy, el alma estratégica de la expedición y el de pluma más suelta e incisiva— se defendieron acusando a Graham de actuar por libre y plantear una batalla arriesgadísima, y sobre todo de negarse luego a continuar las operaciones; según su versión, los mandos españoles habían actuado con prudencia y pensando en una operación de más calado. Para Lapeña, lo esencial era concentrar las tropas expedicionarias con las de la Isla, manteniendo la comunicación del puente de Sancti Petri abierta, para plantear luego un ataque con garantías y superioridad numérica contra Víctor. Lo que queda claro es la falta de entendimiento y comunicación entre Graham y Lapeña, y sus respectivos estados mayores. Durante semanas, cada decisión y cada azar de los que se sucedieron esos días —y de los que he dado una versión resumida— serían escudriñados. La delimitación de quién tenía más razón o de a quién le acompañó más la suerte, que de todo hay un poco, supone un sinfín de detalles y argumentos en los que no cabe detenerse y que tienen un interés relativo. El informe del Estado Mayor concluye amargamente de este modo:

Tal ha sido la memorable expedición de Chiclana, en que las tropas aliadas adquirieron tantos y tan relevantes títulos a la admiración de la Europa. Si sus frutos se malograron, si no se levantó el sitio de Cádiz como debió suceder, efecto fue de combinaciones políticas; las militares, que tan acertadas aparecen en el discurso de esta expedición, se extendieron al logro completo de la libertad de Cádiz y de las consecuencias que a ella debían seguirse. La posteridad leerá en las páginas de la historia lo que pudiera merecer poca fe en autores contemporáneos, interesados en una gloria que cada día brillará más (Estado Mayor, 1811: 26v).

Lo cierto es que, por el motivo que fuese, la batalla, aparte de dejar por el camino miles de cadáveres y heridos, no trajo ningún cambio decisivo: no se levantó el sitio, aunque el ejército francés quedó tocado y tanto Sault como el propio Napoleón tuvieron que resignarse a que no tenían fuerzas suficientes en Cádiz salvo para sostener el asedio a duras penas, pero no para lograr una ventaja que les diese la posesión de la plaza. El emperador consideró un error de Sault no haber puesto, en su ausencia, los tres cuerpos de ejército de Andalucía bajo el mando conjunto de Víctor, ya que este achacaba a la rivalidad de Sébastiani que no le hubiera hecho llegar a tiempo los refuerzos requeridos. La estrategia francesa quedó muy perjudicada y fue uno de

profesional, sino un cruzado con una misión» (Oman, 1911: 96). Esdaile, por su parte, no menos lapidario, afirma que «las fuentes españolas estaban de acuerdo en que [Lapeña] carecía de valor, de energía y de capacidad» (2003: 384), lo cual es mucho afirmar, porque algunas fuentes españolas dicen tales cosas, pero otras lo contrario.

los elementos que obligaron a renunciar a asistir desde Andalucía la vital campaña de Portugal. De parte aliada, supuso una grave crisis de confianza en la liga política y militar de ingleses y españoles, que se cruzaron reproches y airearon suspicacias mutuas. La idea de levantar el sitio con una operación semejante quedó abandonada y las pérdidas humanas, sobre todo inglesas, fueron muy dolorosas. Las siguientes expediciones anfibias del ejército de la Isla no se hicieron para acometer las líneas de Victor, sino para desembarcos de menor entidad o para llevar, dos meses después, a la costa onubense a ocho mil soldados españoles mandados por Blake, que reforzaron el ejército británico de Beresford en el Guadiana que obtuvo la victoria de la Albuera el 16 de mayo, en la que, paradójicamente, la minoritaria participación española fue decisiva y militarmente muy brillante.

Los franceses quedan en estas polémicas como convidados de piedra y por ello han producido poco discurso sobre la cuestión. Su propaganda se limitó a presentarlo como una victoria (aunque lo poco que se incide en ella y la forma en que lo hacen son paladina confesión de lo contrario) y los historiadores del XIX apenas se han movido un ápice de ahí. Cuando el general bonapartista Gourgaud escribió una airada refutación de la biografía que Walter Scott había escrito sobre el Emperador, uno de los puntos que le molestó fue que el novelista escocés, metido a historiador, alabase la victoria de Graham en la Barrosa: «la verdad es que, en tanto que el mariscal Victor batía a los ingleses y a los españoles en Chiclana, ante Cádiz, Soult y Mortier entraban en Badajoz» (1827: 217). Y en una historia francesa para niños, Guizot dice igualmente de pasada que, a pesar de haber tomado Badajoz:

entonces Soult se hallaba apremiado para acudir en socorro de Cádiz. El mariscal Victor era amenazado en sus posiciones de sitio por el general español Blake [sic] y por un cuerpo inglés desembarcado poco antes en Gibraltar; pero ya la enérgica defensa de Victor había triunfado del enemigo en el combate de Barrosa: los asaltantes se habían retirado, pero no obstante aún resultaban una amenaza (Guizot: 1879: 190).

Eso es decir mucho en muy pocas palabras, pero puede ser aún más representativa de esta corriente de pensamiento preponderante en la Francia imperial la opinión del mismísimo mariscal Soult, quien, en el capítulo de sus memorias titulado «¡El Mediodía queda demasiado lejos del sol!», designa el episodio con el sorprendente epígrafe de «Gran victoria de Victor en Chiclana con efectivos irrisorios». Son apenas tres o cuatro desganados párrafos en que el veterano militar repite su eterna queja de falta de efectivos y de la incompreensión del siempre invicto Emperador, en su imperial distancia y su imperial exigencia. «El ataque [de Victor contra los aliados] fue tan impetuoso que el ejército enemigo fue puesto en el mayor desorden. Su des-

trucción habría sido total de ser los franceses más numerosos. Pero la desproporción de fuerzas era demasiado grande» (Soult, 2010: 181). Todas las fuentes e historiadores franceses del XIX que he revisado siguen fielmente, como Soult, los cálculos hechos por Victor en sus despachos, según los cuales el ejército aliado era numéricamente muy superior al imperial y esa diferencia convirtió el desenlace en inevitable, pero a la vez glorioso para Francia, tanto si se presenta como una victoria de Victor o —con menos frecuencia— como una victoria pírrica de Graham.⁷ Tras la intervención inglesa, Soult admite que Victor se vio obligado a ceder el campo y replegarse, lo cual en pura teoría militar significa una derrota: dejar al enemigo en posesión del terreno en que se ha librado una batalla.

Victor libró un combate heroico, pero su posición era crítica. Solo le quedaba un cuerpo muy debilitado como para resistir los ataques que

⁷ Hay que recordar que, al margen de que el total de las cifras de ambos bandos esté distorsionado (Victor cuenta casi el doble de aliados de los que había), estos cronistas evitan señalar que el combate de la Barrosa no se produjo entre los dos ejércitos, sino entre el grueso de las tropas francesas y apenas un tercio de las combinadas (esto es, la división inglesa), de modo que en la acción del cerro del Puerco la ventaja numérica era de Victor, no de Graham. Varios historiadores franceses aseguran que Graham cargó en la Cabeza del Puerco con cuatro líneas de 3000 hombres cada una (a pesar de que antes dicen que solo había 5000 ingleses) contra los 6000 de Victor (Beauvais, 1820: 229; Hugo, 1838: 265). Lapène asegura que el ejército expedicionario constaba de 18 a 20000 hombres, 6000 de ellos ingleses y que Victor no contó en la acción del cerro con más de 6000, y que en total estaban sobre las armas unos 8000 franceses en toda la batalla (1823: 108 y 113); más adelante vuelve a repetir la cantinela de las cuatro columnas de 3000 hombres (aunque prudente señala: «disons-nous», acaso por percatarse de que las cuentas no salen con la suma de la división inglesa y la retaguardia española que había sido expulsada del cerro previamente). Adolphe Thiers (1855: 636) afirma que el choque decisivo enfrentó a 5000 hombres de Victor con 20000 aliados concentrados. Hace también las cuentas de la lechera (en forma inversa a los aliados) al asegurar que Victor desde la Barrosa y Villatte apoderándose del acceso al puente de Sancti Petri habían encajonado a los anglo-españoles en una ratonera en la que, de haber tenido más efectivos o haber llegado refuerzos de Sébastiani, habrían sido completamente destruidos, con la consiguiente conquista de Cádiz (1855: 635). Omite el hecho de que Villatte había sido expulsado de su posición por la vanguardia española de Lapeña y que la comunicación con la Isla estaba ya asegurada por Zayas y el grueso de la división aliada (error en el que no cae Lapène, 1823: 118). Una acotación marginal indica bien el enfoque dado: «Intimidés par l'énergie du maréchal Victor, les Anglais rentrent dans Gibraltar et Cadix» (636). Los datos sobre los heridos y muertos en cada bando son igualmente invertidos en favor propio en las fuentes francesas. Véase también Beauvais (1820), que parece ser la fuente de varios de los textos posteriores: «Celoso, ante todo, de poner a resguardo su reputación, Graham, obligado a retirarse en la Isla de León algunas horas después de la batalla, no dudó sin embargo en proclamarse vencedor; pero el hecho mismo demuestra la falsedad de esta aserción» (1820: 233). Lapène igualmente cree que la terrible resistencia

el enemigo iba a reanudar. Por suerte, este había sufrido cruelmente en el curso de la batalla. Tuvo más de 3000 hombres fuera de combate, entre los cuales varios generales. El valor de las tropas francesas durante la acción, su actitud en sus nuevas posiciones, la certeza de que iban a recibir refuerzos y, finalmente, la desunión entre ingleses y españoles, frenaron los movimientos del ejército combinado y le hicieron renunciar a su empresa. A la mañana siguiente los ingleses volvieron a cruzar el puente de Sancti Petri y entraron en la isla de León seguidos por los españoles (Soult, 2010: 181-182).

Así pues, la gran victoria era en realidad una derrota, seguida de torpe desconcierto angloespañol, que a la postre deja las cosas como estaban, aunque con miles de muertos desperdigados entre arenas, brezos y pinos, esa clase de muertos que solo parecen computar como cifras arrojadas a bulto en los partes de guerra y en las cábalas de estado mayor. Las palabras de Soult muestran la desdeñosa visión francesa del asunto, poco dada a concederle mayor importancia, y muy renuente a presentarlo como una derrota. En cualquier caso, no hay esperanza alguna de que una batalla sea contada del mismo modo por diferentes bandos, al menos no en el siglo XIX: leer los testimonios e historias de cada uno de los tres países participantes deja ver tres férreos relatos que apenas dialogan entre sí y que se reiteran sistemáticamente de obra en obra con dos ejes dialécticos distintos: el relato francés contra el relato común angloespañol por un lado; y dentro de este, el relato inglés contra el relato español. Es este segundo eje el más interesante y complejo y en él me voy a centrar a partir de ahora.

Entre ingleses y españoles, en efecto, la batalla fue mucho más controvertida. Nadie pone en cuestión los datos generales de la batalla y el desastroso resultado para los franceses, pero sí la participación y la conducta de cada uno de los aliados. Chiclana fue vivida a la vez como una victoria y una derrota, y se discutió arduamente a qué aliado atribuir la una y a cuál la otra. Ahí sí que hubo una

opuesta a 18000 hombres por solo un «puñado de franceses» (1823: 121) es la causa de que un «atteré» Graham no siguiera avanzando. La retirada de Graham se convierte así en la prueba evidente del «triunfo» heroico del mariscal Víctor. El breve recuerdo que dedica José Bonaparte al «affaire de Chiclana» no se aparta del mismo guión (Bonaparte, 1854: 397-398), pero en cambio los despachos que Napoleón y Berthier remitieron a Soult y Sébastiani eran mucho más críticos con la situación del sitio de Cádiz y con el resultado de los últimos acontecimientos; creían que Víctor no había tenido el apoyo necesario (496 y ss.). Por el contrario, las fuentes memorialísticas privadas de los combatientes franceses dan una idea nada triunfalista y en concreto Vigo-Roussillon acusa a Víctor de graves errores y señala que el combate principal enfrentó a un mismo número de tropas aliadas y francesas (véase en el capítulo de Jean-Marc Lafon y en el apéndice de este volumen).

abundantísima producción de discursos y representaciones y en todos estos haces de mensajes entrecruzados creo que se pueden distinguir tres tipos de discursos, tres líneas de interpretación en las que vienen a resolverse estos complicados hechos *vestidos* de la contienda del 5 de marzo de 1811: hay un discurso político (el de la prensa española coetánea, que ventila fundamentalmente una cuestión interna de Estado y de opinión pública), hay un discurso patético (el de Lapeña y sus generales, para los cuales lo principal es una cuestión de honor personal y nacional) y hay un discurso épico (el de Graham y las fuentes inglesas, que se centran en una gesta heroica del ejército británico, no sin voces discordantes).

Son tres paisajes después de la batalla —paisajes de páginas— sumamente distintos, pero igual de significativos de lo que una batalla puede decir en el plano colectivo, en el individual y en el simbólico, respectivamente.

CUESTIÓN DE RESPONSABILIDAD

Inmediatamente después de la batalla de Chiclana, cundió en Cádiz la desinformación y el desconcierto. Los mensajes eran contradictorios con los hechos. En un primer momento, el regreso inopinado del ejército inglés abandonando la campaña, a pesar de las noticias de una gran victoria obtenida el día 5, sembró el estupor y la desconfianza hacia Graham, que parecía estar huyendo de rematar la faena y malogrando el objetivo final de la expedición. Pero a los pocos días, cuando los ingleses difundieron su versión y, avalados por su heroica y sangrienta gesta, pusieron en entredicho la conducta de Lapeña, la opinión pública cambió y empezaron a exigirse responsabilidades. De momento, la Regencia, cogida entre las presiones contrapuestas de sus propios generales, la embajada británica, la opinión pública y las Cortes, destituyó a Manuel Lapeña de su alto mando mientras se dirimía su comportamiento, aunque acaso los regentes, que por lo común respaldaban al generalato español designado, lo hicieron solo para calmar a quienes le exigían medidas más radicales. El propósito del ejecutivo parece ir encaminado a dar por bueno lo hecho, interpretar propagandísticamente la acción como una victoria, tanto para consumo interno como externo, y evitar ahondar en las diferencias con los británicos repartiendo por igual plácemes y condecoraciones.

Pero esta vez no iba a ser tan fácil. Los regentes se encontraron ante un ambiente muy agitado, en un momento en que el recién estrenado parlamentarismo con libertad de prensa estaba pugnando por controlar más de cerca al ejército y exigir responsabilidades de las varias derrotas que se suceden en esos meses. Las Cortes de Cádiz abrieron un agrio debate sobre el asunto y lo discutieron en varias sesiones secretas y alguna pública a partir del día 6 de marzo, en paralelo con un enconado

cruce de noticias, versiones y justificaciones contradictorias en los periódicos y en folletos. Como suele ocurrir en estos casos, unos pedían casi el pelotón de fusilamiento y otros defendían a ultranza a los acusados; como suele ocurrir en estos casos, el expediente más fácil es nombrar una comisión para que examine los vidriosos términos concretos del asunto; como suele ocurrir en estos casos, la comisión sirve para que todos se olviden del tema, excepto los interesados, alejando el problema de la agenda política inmediata; como suele ocurrir en estos casos, tuvo que ser el propio Lapeña en el mes de noviembre quien exigiera a las Cortes —y estas a la Regencia— que se dictaminara su causa de una vez, porque seguía apartado de su mando y con el honor en entredicho; y, por fin, como suele suceder en tales casos, la montaña parió un ratón y solo en el mes de diciembre de 1811 las Cortes, siguiendo las recomendaciones de la comisión de expertos militares, exculparon a Manuel Lapeña y aquí paz y después gloria, según suele decirse.

En términos políticos, nueve meses son una eternidad y una eternidad es lo que hace falta, en un régimen de opinión pública, para sacudirse de encima un problema político. Finalmente, la Regencia se salió con la suya a la hora de gestionar los resultados de la batalla, minimizando los costes diplomáticos y evitando introducir reformas sustanciales en el sistema de nombramientos y responsabilidades militares, como le exigían los diputados y periódicos liberales. ¿Pero cuál era exactamente ese problema político? La respuesta la vemos con claridad en el comentario que publicó el *Semanario Patriótico* de Manuel José Quintana y Juan Álvarez Guerra en su nº 50, de 21-III-1811 (cf. Crónicas, 2003: 248-250). Tras recordar que «la derrota de los franceses en los campos de Chiclana, las esperanzas concebidas en su consecuencia y las dudas sobre un hecho de tanta importancia, ocupaban desde la noche del 5 a toda clase de personas, y eran el asunto de todas las conversaciones», el periódico relata lo sucedido en la sesión parlamentaria del 11 de marzo y resume las enérgicas palabras del diputado Oliveros exigiendo la investigación de la conducta de nuestros mandos, «como único modo de reanimar las provincias y de fomentar el entusiasmo nacional». Finalmente el periodista argumentaba con enfado esto:

[...] esperábamos [...] enterarnos del plan de la expedición [...]; creíamos que a esto se sucedería la relación de lo ocurrido hasta el 5, que sabríamos los diversos sucesos de este día, el plan de la acción, el número de enemigos que habíamos atacado o habían atacado a nuestro ejército, y la parte que cada una de las divisiones habían tenido en la victoria. Sobre todo, como la opinión estaba incierta sobre la conducta del general en jefe, creíamos haber sabido cómo había sido atacado el ejército de nuestros aliados, si había sido posible auxiliarlo, si debió hacerse, motivos que lo impidieron y, en fin, las causas que pudo haber para no

sacar de la derrota del ejército francés las grandes ventajas que, según la opinión pública, podíamos prometernos. Pero todo esto estaría ya hecho en las sesiones secretas que precedieron y, por consiguiente, el público, o nosotros al menos, no pudimos formar juicio [...]. Esperamos, pues, que la publicación de estos datos pongan a la nación en estado de juzgar de un acaecimiento tan dudoso como importante. El hecho es público e incontestable: resta saber si los descargos son convincentes.

Esta es la cuestión política suscitada por la batalla de Chiclana. Es la primera vez que la prensa libre pretende en España fijar públicamente las responsabilidades de los generales por sus actos en campaña. La acción del 5 de marzo permitió, en tal sentido, inaugurar un segmento clave de la nueva opinión pública articulada desde la reunión de las Cortes, e incluso antes, desde mayo de 1808. Hagamos un poco de historia. Tras el rompimiento de la guerra, surgen en todas partes periódicos y folletos que escriben con un amplio margen de libertad *de facto*, sin que las débiles autoridades puedan ejercer una presión decisiva para impedirlo o controlarlo. Pero uno de los asuntos en que esa libertad se ejerce con mucha mayor cautela es en el juicio sobre los acontecimientos militares, a pesar de que esos años de guerra son en su mayor parte una continua sucesión de derrotas y apenas ningún general es capaz de mantener su prestigio intacto por demasiado tiempo. Las razones son varias: 1) los hechos de guerra son difíciles de determinar y están condicionados por muchos factores; 2) las noticias llegaban de forma tardía, incompleta y tergiversada de una parte a otra del territorio libre; 3) el gobierno y los periodistas estaban en precario y paraban pocos meses en el mismo lugar; 4) el patriotismo y la exaltación del entusiasmo nacional desaconsejaban criticar abiertamente al ejército; 5) los generales en España, muchos de ellos grandes aristócratas, no estaban acostumbrados a tolerar ninguna crítica y tenían un exacerbado sentido del honor que les llevaba a reaccionar violentamente ante ellas (es lo que ocurrió entre el duque del Infantado e Isidoro de Antillón durante la segunda época del *Semanario Patriótico* en Sevilla, en 1809, y entre el duque de Alburquerque y la Junta de Cádiz durante 1810)...⁸

Todos estos factores coadyuvan a que los papeles públicos no publicaran casi nada de la avalancha de censuras que afectaban a un generalato que, sin embargo, estaba enormemente desprestigiado y contra el que llovían acusaciones y reproches gravísimos. Pero eso va a cambiar en el otoño de 1810 en Cádiz. Uno de los argumentos que la prensa y los diputados liberales usan para defender la aprobación de la ley de libertad de imprenta es que esta resultaba imprescin-

⁸ Sobre la acelerada formación de la opinión pública en España en esos años véase Durán López (2010) y la bibliografía ahí indicada.

dible para que la nación controlase a sus servidores y exigiese la efectiva responsabilidad de gobernantes y militares ante la ciudadanía soberana. Sin prensa libre y libre crítica —se aseguraba—, la nación no podría dirigir el curso de la guerra en la buena dirección y el entusiasmo patriótico necesario para ganar la contienda se apagaría. Una de las cosas, pues, para la que se concibió el decreto de imprenta era para materializar la responsabilidad de los generales. Entre noviembre de 1810 y marzo de 1811 esa exigencia fue sobre todo teórica. Por ejemplo, en *El Patriota en las Cortes* hubo una controversia sobre si las derrotas debían atribuirse en exclusiva a los generales o no; este periódico sostenía que los errores estaban habitualmente en los mandos inferiores y la intendencia, y que un solo hombre no podía controlar el resultado de una compleja operación bélica. El periodista escribe unas páginas que cuadran como anillo al dedo con las acusaciones que se hicieron contra Lapeña, pero lo hace dos semanas antes de la batalla de Chiclana:

El valor no se limita únicamente a embestir con denuedo, sino que se extiende también a resistir y repeler con firmeza los ataques. Un capitán esforzado desprecia, con la misma serenidad con que asalta una plaza, las calumnias y censuras de los ignorantes que, cambiando el verdadero nombre de las cosas, llaman al valiente temerario, acusan al circunspecto de irresoluto y tratan al vencedor de orgulloso. Inmóvil a los tiros de la sátira y la maledicencia, [...] hace todo el bien que puede y sufre todo el mal que de él se dice; compadece a los tontos y desprecia a los malvados; y tranquilo con el testimonio de su conciencia, se contenta con el aprecio de los hombres de bien ilustrados, con la aprobación del gobierno y el juicio de la posteridad, a que principalmente aspira. [...] ¡Pluguiera al cielo que [nuestros generales] hubiesen tenido bastante entereza para no dejarse arrastrar del indiscreto celo de una multitud caprichosa y la patria no lloraría ahora tantas víctimas sacrificadas con conocida desventaja al honor mal entendido de algunos generales! (*El Patriota en las Cortes*, nº 20, 14-II-1811).

A *El Patriota* le preocupa que esa clase de críticas injustas a la cobardía de los mandos conduzca a operaciones irreflexivas que traigan mayores males que la prudencia y frialdad que caracterizan al general realmente bueno. Por el contrario, *El Robespierre Español* —el periódico más virulento y demagógico en sus ataques a los militares— sostenía que el éxito y la derrota dependían en exclusiva del genio de un general y reclamaba la horca para quienes perdieran batallas o rindieran plazas. Pero esta controversia sobre la responsabilidad militar, insisto, es principalmente teórica hasta que en marzo de 1811 se producen la batalla de Chiclana

y la capitulación de Badajoz. Esos dos hechos dan motivos para que la prensa ejerza por vez primera sin complejos su libertad de crítica y por ello la conducta de Lapeña y de Graham se convierte en un asunto de éconada discusión pública en que se vierten opiniones contrarias, pero siempre muy críticas y francas. El caso de Chiclana es particularmente relevante por razones obvias: el suceso había ocurrido junto a Cádiz, sus efectos afectaban a la población de la ciudad y las noticias y fuentes de información eran muchas y llegaban pronto. Todos tuvieron enseguida una opinión, como se echa de ver en la nerviosa noticia publicada en *El Conciso* el 12-III-1811:

Quisiéramos satisfacer completamente la impaciencia del público y sus vivos deseos de saber resultados ulteriores de esta expedición que todos los tiene en expectativa, y de la que se esperan acontecimientos muy favorables. Pero nos es muy sensible no poder corresponder a tan loable curiosidad; [...] esperamos que [...] el fruto de esta expedición no se reduzca solo al honor de haber batido y derrotado completamente al enemigo en la memorable batalla de los campos de Chiclana.

La expectación era enorme y las expectativas cada vez más sombrías; a mayores expectativas, mayor enfado produce su frustración. De ahí que la cobertura periodística fuese muy amplia y también la presión para que se informara sobre el asunto. En *El Conciso* publicaba esto el día 20 *El Preguntón*:

¿Hay razón para que después de tantos días que hace se dio la batalla en los campos de Chiclana no se sepan circunstanciadamente los detalles de una acción tan gloriosa para España y sus aliados, estando a tres leguas de nuestro cuartel general y dependiendo de la publicación de oficio de tales noticias, entre otras innumerables ventajas, las de reanimar el espíritu nacional [y] desmentir las falsas relaciones de la canalla enemiga [...]? ¿No habrá quien con algún fundamento pueda dudar [...] acerca de la expedición, a vista de la corta y casi ninguna noticia que en los papeles del gobierno se comunica? ¿Qué misterios son estos? [...] ¿Y qué, la nación, que hace todos los sacrificios y es la soberana, no tendrá derecho a que se le dé gusto en participarle prontamente lo que con tanta justicia anhela? ¿No hemos de salir nunca de estas máximas que tan odiosas han hecho las pasadas épocas o de esa lentitud y apatía más funestas para España que todos los desastres juntos?

Y en el mismo periódico, en un indignado artículo del día 30-III-1811, motivado por un gran temporal de levante que había sembrado la destrucción y la muerte en los barcos fondeados en la bahía de Cádiz, se acusa de ese desastre a los

culpables de no haber «sacado el fruto de la memorable batalla de Chiclana», ya que si aquel día se hubiera conseguido levantar el asedio, los barcos podrían haberse protegido del temporal sin miedo a las baterías francesas de Matagorda. La conclusión es dura:

¡Augusto Congreso que la representas: si la ignorancia o la malicia son la causa de no coger el fruto de un día tan glorioso, que por malogrado nos trae estos desastres, ármate de la espada vengadora de la justicia, resuene en todos los ámbitos del globo la voz de tu indignación, perezca en un suplicio afrentoso la causa de que aún infesten la costa vecina las infames huestes del tirano!

Esa es, pues, la gran importancia política de la batalla de Chiclana: ser el campo de experimentación de la responsabilidad militar y de la transparencia informativa en el nuevo Estado liberal. Ser el campo de batalla del derecho de los ciudadanos a conocer y a juzgar el comportamiento de su ejército. Es, pues, un asunto de libertades civiles, no de honor patriótico, y esto es importante tenerlo en cuenta a la hora de ver cómo Lapeña recibió casi tantos ataques de parte española como británica. Como tal experimento político, fue bastante productivo en el terreno de la estricta opinión pública interna: hubo un gran debate, con diversidad de opiniones y una abierta franqueza. *El Conciso*, por ejemplo, con notable imparcialidad, publicó tanto extractos del parte oficial de Lapeña como relatos de la batalla de oficiales británicos, sin salir por avalista de ninguno. En cuanto al control civil de la milicia el experimento fue menos trascendente, ya que, como en casi todos los casos análogos, los altos mandos fueron exculpadados de sus errores y no hubo castigos abiertos (sí encubiertos), sino una rehabilitación pública. Con muchísima sorna escribía el *Semanario Patriótico* en su nº 51 (27-III-1811), cuando ya se veía venir que todo quedaría en nada:

Si el público no ha podido formar juicio por lo que se le ha dicho de la conducta de propios y aliados, hartos le ha enseñado la experiencia para prometerse dentro de meses, y en una causa que debió haberse juzgado en tres días, otro resultado que el de que los españoles, ingleses, generales y soldados todos tuvieron razón, y que los franceses son los que han recogido el fruto de nuestra victoria por altos juicios de Dios [...]. ¡Y tristes los países donde la disciplina militar no es contrapesada por la opinión pública! Los ejércitos disponen entonces de los pueblos y los generales comienzan despreciando y acaban destruyendo los gobiernos débiles. [...] Sigamos, pues, todos tibios, ya que no estemos todos exaltados, y no desafinemos el instrumento subiéndole de tono, en perjuicio cierto y resultado nulo (Crónicas, 2003: 254).

A pesar de este justificado escepticismo, la parte pública de la cuestión es la más interesante y allí la controversia no fue en vano, sino que sirvió para tensar el músculo del sistema representativo en un terreno vital. En esta controversia se cruzaban varias cuestiones: la exigencia de resultados y eficacia al ejército español, la vital alianza mezclada de rivalidad entre británicos y españoles, la preponderancia del poder civil sobre el militar, las relaciones entre el poder ejecutivo y el legislativo,⁹ la defensa del honor español frente a las virulentas acusaciones lanzadas en Inglaterra... Pero en modo alguno pretendo decir que la prensa tomara a Lapeña como cabeza de turco para ensayar su nueva libertad de crítica; lo que me interesa resaltar es cómo la batalla de Chiclana se convirtió en un hito político y generó una enorme cantidad de discursos, no tanto por su estricta importancia militar, sino por el hecho de abrir un productivo espacio de crítica y discrepancia propio de una ciudadanía libre. Sin duda a Lapeña le resultó muy amargo que le tocara a él, pero de este modo la libertad política que intentaban construir los doceañistas dio un paso para afianzarse. En los periódicos hubo quienes pusieron a Lapeña en entredicho (el liberalísimo *Semanario Patriótico*, por ejemplo) y quienes lo defendieron (el liberal radical *Duende Político* y el reaccionario *Censor General*, por ejemplo, coincidentes en este punto), pero eso no quiere decir que se sacara una conclusión; en los regímenes de opinión pública, nunca se llega a ninguna conclusión y así, uno de los redactores de *El Conciso* escribía con guasa diez meses después de la batalla:

Cada vez que oímos hablar de acontecimientos de América, o que leemos periódicos extranjeros que tratan de ellos, tomamos una buena dosis de escepticismo, y nos proponemos hacer pasar... lo menos seis cuarentenas a cada noticia. A veces decimos para nosotros mismos: si no hemos sabido aún de cierto cómo fue la *ensalada* cerca de Chiclana, ¿cómo nos resolveremos a dar crédito inmediatamente a lo primero que nos cuentan de América? («A luengas tierras, luengas mentiras», *El Conciso*, 7-I-1811).

Pues en eso consiste la libertad de prensa, en hablar y en desconfiar. Las conclusiones rotundas y las verdades indubitables, quedan para las sociedades despóticas y las dictaduras militares.

⁹ Ese fue el enfoque casi único que dio a la cuestión Agustín de Argüelles en su *Examen histórico* (1835), donde plantea la crisis de Chiclana como un ejemplo claro de que había un reparto efectivo de poderes entre las Cortes y la Regencia, y no un exceso de competencias por parte de las primeras. Y, en el lenguaje político, poder es igual a responsabilidad.

CUESTIÓN DE HONOR

Pero obviamente Lapeña y sus ayudantes no se quedaron callados. Para ellos se trataba, ante todo, de una cuestión de honor y por lo tanto el discurso que producen es un discurso patético, autojustificativo, muy emocional y a la defensiva, siempre a contracorriente. Lo que se defiende no es otra cosa que el prestigio personal de los militares implicados, su altísima idea de sí mismos, aunque desde luego ese propósito se envuelve, como suele ocurrir, en la acogedora calidez de la bandera y se presenta como una defensa del honor nacional y el patriotismo. Es un discurso que, a pesar de presentarse como patriótico, ha resultado incapaz de contrarrestar la versión inglesa de la batalla, que es la que ha quedado generalmente consagrada, y por diversas razones, no solo porque los británicos pusieran más empeño y tuvieran más altavoces con los que amplificarlo. El vocabulario más rancio del honor y del patriotismo, junto a una minuciosa palabrería técnico-militar, es el tono elegido para esta defensa a ultranza. Y ese es un tono difícil de imponer si no hay un receptor adecuado y, como acabamos de ver, en el Cádiz de 1811 el receptor —la opinión pública española y la representación nacional— estaba más preocupado por el análisis político en clave interna que por sacar pecho ante la «perfidia» británica que supuestamente ensuciaba el nombre de España. Dicho de otro modo, el discurso político de la responsabilidad del ejército ante la nación contrarresta el discurso patético del honor militar ultrajado. Diez o veinte años después, tales alegatos hubiesen encontrado un caldo de cultivo más favorable, pero en el Cádiz de las Cortes no existía aún ese patriotismo irracional y militarista que se consagraría en toda Europa durante el siglo XIX.¹⁰ Es ese principalmente el motivo de que las defensas de Lapeña y los suyos tuvieran un eco bastante reducido y no consiguieran convertir su agravio personal en un agravio nacional. Tuvieron sus partidarios, pero entre un coro de voces muy diversificado.

Veamos algunas pinceladas. El general Lardizábal, por ejemplo, escribió una violentísima carta contra José María Blanco White, quien desde *El Español* de Londres se había hecho portavoz de la versión probritánica más extrema y afirmaba que los españoles deberían entregar el mando supremo a los ingleses, como se

10 Los historiadores liberales más tempranos, que vivieron los hechos en la primera línea del Cádiz de las Cortes, condenan a Lapeña y asumen la mayor parte de la argumentación de Graham, como hace explícitamente Toreno (1835: IV, 33-46) e implícitamente Argüelles (1835). Pero la historiografía española posterior, en particular la conservadora, desde Muñoz Maldonado (1833) en adelante, asume con patente énfasis la versión más favorable a Lapeña o busca una digna equidistancia, siempre partiendo de un concepto de la dignidad nacional basado en el patriotismo a ultranza. El autor citado pone como epígrafes «Deposición injusta

había hecho ya en Portugal. Blanco publicó esta carta en el nº 14 de su periódico y en ella hay pasajes como este:

¿Hasta cuándo, hasta cuándo, señor Blanco, abusará usted de nuestra bondad? ¿Es posible, miserable hombre, que se degrade usted al extremo de anteponer sus mezquinos y viles intereses a la gloria de la magnánima y generosa nación a que debió su ser? ¿Cómo osa usted escudar tan atroces calumnias bajo el respetable y glorioso nombre con que titula su papel? Salgamos de dudas; mas no crea usted que con esta excusa trato de hacer mi apología, o que exagero los hechos. Lejos de mí todo espíritu de parcialidad; la verdad sencilla y pura ha sido siempre el norte de mis acciones y la vanidad es una pasión muy ajena de mi alma.

Y concluye:

Estas son verdades innegables por su notoria autenticidad; es cierto que los ingleses se portaron heroicamente, pero también lo es que nuestras tropas llenaron completamente su deber, no dejaron nada que desear, y se cubrieron de gloria, al paso que usted cada día se cubre más y más de oprobio e ignominia por sus intrigantes manejos, por su criminal conducta inmoral y revolucionaria, y por ser el más infame destructor de las glorias de su nación.

La fraseología y el tono de estas líneas dan una buena idea de ese discurso del patetismo a que me estoy refiriendo. El simple párrafo de respuesta que el periodista sevillano escribió para devolver a Lardizábal estas coces verbales es un au-

del general Lapeña» y «Vindicación y premio concedido a este general». Por lo tanto, ese eco que en 1811 fue tan difícil de conseguir resonó con fuerza medio siglo después: «Los sucesos del ejército expedicionario, y especialmente la batalla del 5, excitaron quejas y re-criminaciones sin fin. Los españoles, que por uno de los efectos que produce la habitud de un largo despotismo, están siempre tan dispuestos a deprimir y despreciar a los suyos, como propensos a ensalzar y elogiar a los extraños, culpaban agria e injustamente al general Lapeña, al tiempo mismo que levantaban hasta las nubes el mérito contraído por el general inglés Graham. Las Cortes, olvidándose de su dignidad, se mostraron igualmente débiles dando gracias a los aliados, y declarando estar satisfechas de la conducta militar de la oficialidad y tropa del 4º ejército, omitiendo de propósito al ilustre jefe español, y acordándose de él solamente para mandar examinar su porte militar en aquella ocasión, como si en el general Lapeña hubiera consistido el no recoger el fruto que la jornada de Chiclana debió producir, y que él había tan juiciosamente preparado, aun cuando no por eso le creamos exento de toda censara en lo que toca a la ejecución» (Príncipe, 1847: III, 170). No obstante, entre los historiadores españoles decimonónicos la unanimidad en este punto es mucho menor que entre los ingleses y es fácil encontrar versiones hostiles con Lapeña.

téntico prodigio de ironía e inteligencia.¹¹ El contraste de ambas piezas es la prueba más clara de cómo, en el terreno de los discursos y las representaciones, los ofendidos generales españoles lo tenían todo perdido y solo podían refugiarse en el taconazo y el golpe de pecho. Aun así, el chaparrón de defensas y contraataques continuó. Desde el *Duende Político* escribía contra Blanco y en favor de Lapeña el madeirense Miguel Cabral de Noroña, periodista liberal exaltado que, a pesar de su origen, no ahorra las protestas del más encendido patriotismo:

[Blanco] ultraja y baldona a todo el pueblo español. [...] Sobre todo, nuestros soldados, oficialidad y generales son el blanco principal de su mordacidad y de sus inectivas calumniosas. Aún no se ha cansado de verter imposturas groseras contra la conducta de nuestro ejército en la memorable jornada de los campos de Chiclana, y de llevar adelante su manía de robar, de oscurecer la gloria de nuestras armas en aquella expedición y batalla (en Hernández González, 2009: 291).

Honor, gloria, patria, calumnia, verdad... son las palabras arrojadas repetidas en este discurso de la justificación al que tuvieron que resignarse los Lardizábal, etc. Además del escrito ya citado de este, Lapeña hizo publicar en 1811 el consabido manifiesto apologético en que detallaba su versión, que es una fuente fundamental del asunto. Otro semejante publicó en español y también en inglés Luis de Lacy, otro de los oficiales implicados, rebatiendo directamente los informes y cartas de Graham (Lacy, 1811 y 1811b).¹² Y lo mismo ejecutó, en un par de folletos y artículos periodísticos, Juan de la Cruz Mourgeon. El tono con que empezaba su relación es inequívoco:

Ha llegado el tiempo de hablar la verdad a los pueblos. Lejos de mí toda sofistería, he procurado manifestar aquella dando una idea de la batalla del Cerro del Puercu en los campos de Chiclana (*Suplemento al Conciso*, nº 44, 28-III-1811).

¹¹ Véase en el apéndice, junto al resto de la carta de Lardizábal y demás textos que se van mencionando en estas páginas.

¹² Luis de Lacy es más conocido por su activismo liberal durante la restauración absolutista, que le llevó a conspirar contra Fernando VII. Fue fusilado por ello en 1817 y se convirtió en una de las figuras destacadas del martirologio de la libertad para los liberales del Trienio, etc. Era el jefe del Estado Mayor del ejército de la Isla y, en calidad de tal, fue el máximo responsable del plan de operaciones de la expedición, lo que explica que se implicara tan a fondo en la polémica y en la defensa de la conducta del mando español. En la breve biografía apologética que de él escribió su primo Timoteo O'Scanlan solo se dice, de pasada pero significativamente, que dirigió «las repetidas salidas que se hicieron por disposición de los generales en jefe. En la batalla de Chiclana tomó más parte de la que le correspondía» (1820: 14).

Hay que señalar que también los oficiales británicos, y en particular el general Graham, llevaron a cabo una activa y eficaz campaña de justificación de sus actos y de ataque contra Lapeña. Lo hicieron en cartas e informes a sus superiores, pero también en la prensa, donde al final todos los documentos acababan publicándose. En Cádiz las cartas de Graham a lord Liverpool y al embajador Wellesley las publicó la imprenta de Requena en 1811, en un folleto de una veintena de páginas, y parte de ellas aparecieron también en inglés, castellano y francés en distintas publicaciones.¹³ No quiero dar a entender, por tanto, que el discurso vindicativo fuera exclusivo de Lapeña y sus ayudantes, sino que para estos fue el único posible y que tuvieron que hacerlo, además, a la contra. El estilo de Graham (el estilo de los británicos en general) es harto diferente del que emplean en aquel entonces los escritos justificativos españoles: es conciso, directo y huye de los excesos retóricos del patetismo.

De este modo, la gloria española quedó frustrada y reservada a la oratoria patética del honor ultrajado. El periódico *El Conciso* publicaba el día 14 de marzo, cuando ya todo se había producido, una oda «A la salida de la expedición», que en tono lírico cantaba a «el undoso mar cubierto / de las velas españolas». En el poema se ve a Victor angustiado: «¿qué haré?», el mariscal pregunta, / viendo próxima su ruina; / y la próxima colina / le responde: “perecer”. La muchedumbre se agolpa en la muralla gaditana a contemplar la salida de la flota: «Corred, corred, animosos / a los campos de la gloria, / y con dulce victoria, / hijos de España, tornad. / En vuestro baldón estriba / nuestro infame cautiverio; / en vuestro honor el imperio / de la hispana libertad».¹⁴ En toda la composición no se nombra siquiera la participación británica, sino que se confía en que los hijos de España volverán con la dulce victoria. No fue así, por más que se empeñaran en salvar los muebles de la gloria personal y nacional los generales españoles, frustrados si no derrotados. Un mes más tarde el mismo periódico publicaba otro poema, esta vez

13 El cruce de publicaciones a varias bandas es mucho más denso, puede verse lo sustancial de él en el apéndice y en la bibliografía. En cuanto a los mandos españoles, aparte de los escritos directamente justificativos, el Estado Mayor del 4º Ejército (es de suponer que principalmente Luis de Lacy) redactó un detallado documento oficial con la crónica de la expedición, que evitando el estilo apologético de las polémicas, fijase una versión propia de la batalla (cf. Estado Mayor, 1811, para una de las copias manuscritas). A pesar de todo su afán, no lo consiguió.

14 En efecto, parece que hubo una gran expectación en Cádiz a la salida del convoy español, en su segundo intento, el día 26 de febrero (los ingleses salieron el 23), tras una semana de estar embarcadas las tropas en la bahía batidas por el fuerte viento de levante. «El general en jefe y el Estado Mayor iban a bordo de la corbeta *Diana*; el día era sereno, el horizonte estaba despejado y la multitud de velas que ocultaban a la vista hasta la misma mar, todo concurría a hacer aquel espectáculo tan majestuoso y tierno a los ojos de los buenos españoles que la gozaban desde Cádiz, como triste y azaroso a los de los franceses, que mal de su agrado no podían impedirlo» (Estado Mayor, 1811: 16r).

satírico, titulado «La expedición. Ópera seria en un acto», en el que hay un diálogo que, aunque referido a una de las fallidas operaciones posteriores a Chiclana, que volvió a Cádiz sin haber combatido, lo resume todo: «¿en qué ha parado la expedición? / Melón, melón. / ¿Por qué se fue? / Yo no lo sé. / ¿Por qué vino? / No lo adivino. / [...] ¿A qué arribó? / No lo sé yo. / ¿En quién depende? / No se comprende». A eso había ido a parar el imperio de la hispana libertad: melón, melón.

Y en cuanto al honor y la gloria de Lapeña, más de lo mismo. Cuando en 1836 un escritor publicó un librito divulgativo con los fastos de la historia española desde 1759, seleccionó para el día 5-III-1811 esta noticia:

Se dio la batalla en los campos de Chiclana, en que las fuerzas combinadas, comandadas por los generales Graham y Lardizábal, rechazaron completamente el ejército francés, mandado por el mariscal Victor, que se vio obligado a retirarse en desorden, dejando en poder de sus contrarios una águila, cinco cañones, muchos muertos y heridos (Presas, 1836: 76-77).¹⁵

La magna combinación militar que tendría que haber supuesto la mayor gloria del general Manuel de Lapeña, la cumbre de su larga carrera en la milicia, queda apresuradamente simplificada y distorsionada en un pobre resumen, un recuerdo que es muchísimo peor que un olvido, el de un ejército, victorioso sí, pero comandado por ¡Graham y Lardizábal! ¿Qué se hizo de la expedición? ¡Melón, melón!

CUESTIÓN DE ÉPICA

Y el tercer discurso articulado sobre la batalla de Chiclana es el de la épica heroica. Ese es el elegido por los ingleses para honrar a sir Thomas Graham y a los esforzados *tommies* que sacrificaron sus vidas en el cerro del Puerco en un ataque suicida y, sin embargo, triunfante. Por eso, la batalla de Barrosa, como es denominada en las fuentes inglesas, se convirtió en territorio fértil para hacer florecer una leyenda. Si los franceses solo estaban interesados en olvidar y silenciar aquella acción; si los españoles estaban sobre todo interesados en analizar las causas de lo que ocurrió y afrontar el problema político-militar de gestión de la guerra que entrañaba el episodio; si los generales españoles solo se preocupaban de vindicar su honor y el de su patria, en cambio los británicos desarrollan, paralelamente al desprecio por sus incompetentes y cobardes aliados españoles, una épica del sacrificio y del heroísmo, que voy a ilustrar con unos pocos ejemplos en distintos géneros literarios.

¹⁵ La misma noticia fue resumida (por no decir plagada) en idénticos y erróneos términos en una cronología de uso escolar publicada poco después (Gómez Ranera, 1843: 140-141).

Veamos el volumen *The aegis of England* (*La égida de Inglaterra*, 1817), en el que se recogen todas las glorias bélicas de Inglaterra durante las recientes guerras con Napoleón a través de los sucesivos acuerdos del Parlamento para felicitar y agradecer los éxitos del ejército y la armada. Es un muestrario de la gratitud nacional hacia los esforzados soldados británicos a través de sus generales. El cap. XXXII se dedica a «Battle of Barrosa», centrado en el mérito de Graham y de Dilkes, los dos principales mandos británicos en el ejército combinado, que habían sido reconocidos por los Comunes y los Loes. El recopilador de esas glorias inglesas resume sencillamente que la hazaña consistió en una expedición a la retaguardia enemiga «con considerable dificultad y desdichadamente con grandes pérdidas, ocasionadas porque el general español que operaba conjuntamente cambió la posición que tenía asignada» (Evans, 1817: 411-412). Ese se me antoja un resumen no poco injusto, pero sirve a su propósito. Al final, una sola idea vale más que todo un detallado relato. Y esa es la idea que quedó entre los ingleses de la batalla de Chiclana, aunque hay que añadirle algo más de sustancia épica.¹⁶

Sustancia épica es precisamente la que dio a Graham el poeta escocés Hector Macneill (1747-1818), que escribió el poema «The battle of Barrosa, a war song» (Macneill, 1812: 123-128), una canción de guerra que había que interpretar con la melodía titulada «Johnnie Cope in the morning». Ensayaré una mala traducción:¹⁷

La marcha nocturna era larga, lóbrega era la oscuridad,
 cuando nuestra apiñada horda británica, de vanguardia a retaguardia,
 en cada pausa daba un rugido, en cada alto daba un viva,
 porque llegarían a los franceses por la mañana.
 Un Graham en cada cabeza, con una cabeza al mando,
 fuego británico en cada pecho, acero británico en cada mano;
 sin fatiga, todos exaltados, marchaba la firme horda marcial,
 porque llegarían a los franceses por la mañana.

¹⁶ Eso no quiere decir que no hubiera otras aproximaciones a la batalla de carácter más crítico, ideológico o centrados en la política interna, de los que constituye una buena muestra la voz discordante del radical William Cobbett (véase el apéndice). Lo mismo puede decirse, desde el otro extremo del arco político, del tory ultraconservador Robert Southey, que en 1832 impugnó y desacreditó la interpretación común del episodio (en esto puede haber pasado bastante el que la voz cantante contra Lapeña y los españoles la llevaran políticos y periódicos de la oposición *whig* hostiles al firme compromiso del gobierno tory con la guerra en España y al rechazo del mismo gobierno conservador a las reformas políticas en ambos países). Pero las mismas quejas de Cobbett y relecturas de Southey prueban que el discurso oficial establecido era bien otro. Más información sobre esto se hallará en el capítulo de Alicia Laspra en este volumen.

¹⁷ Véase el texto original en el apéndice documental.

¡Oh, atrevido Victor! ¿Ya estás llegando,
 con tu brava *legión* famosa y su *águila* de mascota?
 ¡Aún le pelaremos las alas, si no te das suficiente prisa
 en salir corriendo esta bonita mañana!
 «¡Ya llegan, muchachos! ¡Ya llegan!», gritó nuestro jefe el brazo ondeando;
 «¡tres a uno a que a paso ligero, muchachos! La pólvora ahorrad;
 dadles verdadero *acero* británico, la prueba de los verdaderos valientes,
 tres a uno a que venceremos esta mañana.

Los timbales marcaban el paso, cada paso iba a su tiempo;
 los clarines tocaban CARGA, con agudos ecos sublimes;
 de izquierda a derecha repicaba cada fila sus campanas,
 ¡tres a uno a que venceremos esta mañana!

«¡Retroceden, chicos! ¡Se dan la vuelta!», gritó nuestra horda vitoreante,
 «el acero británico brilla demasiado para que el ojo francés lo aguante.»
 «Dejad entonces que lo noten sus *espaldas*», gritaron las voces de mando,
 «y veamos cómo les gusta esta mañana».

Como la flecha del arco, como la bala del cañón,
 Como de la nube el rayo, el asalto ha empezado;
 cuando nuestros britanos empujan, los franceses echan a correr
 ¡en los altos de la Barrosa esta mañana!

¿Qué, ¡oh valiente Victor!, aún estás corriendo?
 ¿Qué, ¡oh atrevido Victor!, tu caballo huye volando?
 Si no fuera tan veloz, *jamás* hallarías tú la retirada
 ¡del llano de la Barrosa esta mañana!

Mas, ah, ¡qué escena! ¡qué paisaje en la explanada!
 ¡Los gimientes heridos! ¡Los moribundos, los muertos!
 ¡Nobles guerreros yacen tirados, nunca a casa volverán!
 ¡Ninguna esposa les vitoreará al regresar!

«¡Dad cuartel! ¡Dad cuartel! La batalla termino,
 su *Águila* la tomamos, ya no existe su Legión;
 olvidad la infamia de todas sus conquistas
 ¡y sed generosos con los vencidos esta mañana!

Que nunca se diga que los britanos, tan bravos
 para vencer en la lucha, dejamos de salvar
 a *un solo* enemigo indefenso, sino que cálidamente le dimos
 consuelo en su Infortunio ¡durante la oscura mañana!»

Tal habló el jefe del Valor; y habló muy de corazón;
 él conoce bien el infortunio y siente sus afilados dardos;
 a la guerra se fue buscando alivio y lo halló en ofrecer
 consuelo ¡mezclándolo con hondos pesares!

Así que ahora, ¡Victor valiente! tus obuses puedes disparar
 desde lo alto, a salvo del peligro y valerosamente decirle

a tu gran Amo Fanfarrón, que puede que todo vaya bien aún
;cuando estos britanos a casa vuelvan!

Pero mientras que ansíen la gloria y suspiren por la fama
y sea su vanidad el Esplendoroso Honor, y cruzar aceros su diversión,
sin importarles el *número* cuando los guía Graham,
tres a uno a que vencerán cada mañana.

No es un caso único, hay más de media docena de poemas escritos en Inglaterra en 1811 a propósito de la Chiclana, dos de ellos piezas largas: Thomas Archer (1811) escribió un poema conjunto para celebrar el «valour and victory» de las batallas de Barrosa y Albuera y lo propio hizo, con mayor extensión, John Gwilliam (1811) con las del Danubio y Barrosa. Ambos eran poetas habituales del género celebrativo, hoy completamente olvidados, que dedicaron sucesivas composiciones a hechos de las guerras napoleónicas o de la historia inglesa coetánea. De extensión más breve y

TALES OF THE WARS ;

OR,
NAVAL AND MILITARY CHRONICLE.

No. 51.] SATURDAY, DECEMBER 17, 1836. [PRICE 1d.

THE BATTLE OF BAROSSA.



[SERJEANT HAVERHAM CAPTURING THE FRENCH EAGLE.]

In 1811, the Peninsular war was carried on with considerable vigour, and attended with various successes. On the 25th of February, an expedition sailed from Cadiz, under the command of Lieutenant-general Graham and Don Manuel la Peña, the object of which was to unite the Spanish forces, at St. Roche, with those embarked, for the purpose of making a combined attack on the rear of the French employed in the siege of Cadiz. The expedition soon after landed at Algeiras. The British force consisted of a brigade of artillery, with ten guns; two battalions of foot guards; the 28th, 67th, and 87th regiments; a battalion composed of flank companies, which joined from Gibraltar; two companies of the 47th regiment, and two of the 20th Portuguese regiment; with

Vol. I.

six companies of the rifle brigade, and one squadron of cavalry. The Spanish army, under the command of General la Peña, (to whom, being senior officer, and for the sake of unanimity, General Graham ceded the chief command) consisted of two divisions, in all between ten and eleven thousand men. On landing, they took possession of a height near Algeiras, where they bivouacked, and the next morning moved towards Tarifa, where they remained till the following day, in order to allow time for getting the artillery and horses on shore.

"When every thing was ready," says the author of *Twenty-five years in the Rifle Brigade* we moved forward from Tarifa, and halted for the night on a height about twelve miles distant. The next day we reached Casca Vejas, or 'Old Houses,'

3 F

LINES

ON THE BATTLE OF BAROSSA.

THE theme of my song would a Milton delight,
And its merits a singer like Braham;
Were a king to turn poet he never could write
On a worthier subject than GRAHAM!

They tell us that eagles can stare at the sun,
Whose beams nor annoy nor dismay 'em;
But French eagles fly, and French game chickens
run,
From the glory of General GRAHAM!

His men on slight suppers had marched a whole
night,
(For their toil grateful Britain repay 'em!)
And just sat down to eat when the French came
in sight—
What a breakfast for General GRAHAM!

A nobler repast has of few been the lot,
While with stomachs, Lord! nothing could
stay 'em,
Brave Britons fell to, for 'twas all hot and hot,
And their carver was General GRAHAM!

"They never can beat us, we're posted so high,"
Said the foe, when they heard us huzza 'em—
"Well, may be we can't, but allow us to try,"
Cried the soldiers of General GRAHAM!

Fall tilt at the boys, led by bold Major GOUGH.
Determined to cut, hack, and slay 'em,
A French leader came on, but his napper flew
off,
On a furlough from General GRAHAM!

And many brave foes, whether leading or led,
Found, while sinking where fate chose to lay
'em,
That as well as a heart, it requireth a head,
To cope with the soldiers of GRAHAM!

Tho' by thickets entangled, our boys firmly stood,
And those who had tried to way-lay 'em,
While hallooing 'ere they were out of the wood,
Were silenced by General GRAHAM!

To mention each hero, whose laurels lay claim
To applause, had I power to display 'em,
'Twon'd fill ev'ry leaf in the records of Fame,
To inscribe the brave comrades of GRAHAM!

publicadas en periódicos o colecciones, otras piezas aparecen recogidas en el apéndice documental del presente volumen: de John Gordon, John O'Keefe, William Thomas Fitzgerald, James Duff y varios epigramistas anónimos. El tema de la Barrosa fue particularmente evocado por versificadores escoceses o irlandeses que seguían los tópicos de la moda literaria céltica. También en la revista *Tales of the wars* se publica en 1836 una oda a Graham, «Lines on the battle of Barossa [sic]» (*Tales*, 1836: 407). La glorificación de Graham y la identificación de este con sus soldados, que representan el ideal inglés, marcan el tono de casi todo lo que se escribe en Inglaterra sobre esta batalla, junto con el episodio de la toma del águila.

En 1818 uno de los miembros de ese ejército, un *esquire* llamado Alexander Robert Charles Dallas, decidió publicar sus recuerdos de la guerra de España y sus observaciones sobre las curiosas costumbres nacionales, en forma de ficción novelesca. Es una extraña mezcla de memorias, novela y antología poética, que recibió el título de *Felix Alvarez, or Manners in Spain*. El libro está dedicado a Graham, que para entonces había sido ennoblecido como lord Lynedoch y en esta dedicatoria Dallas es bastante franco respecto a su propósito: un amigo sabio y prudente ha aprobado su obra, pero a la vez le ha transmitido «el deseo de que hubiese vertido el asunto en forma de diario o de observaciones generales, mejor que en la de novela» (Dallas, 1818: I, vi). Pero el autor se defiende con un argumento notable por su humildad: «no tengo a la vista una historia, ni los materiales de una historia: bosquejos y retratos fueron mi finalidad, lo cual está tan alejado del vuelo de la sublime poesía, como de la majestuosa sencillez de una narración histórica y un comentario profundo» (vi). Nos confiesa, entonces, que su visión de aquella guerra fue más bien como la de Fabrizio del Dongo, el protagonista de *La Cartuja de Parma*, sobre la batalla de Waterloo: un conjunto de imágenes sueltas y secundarias, que no tiene la arrogancia de convertir en un relato histórico general y estructurado, que haga pasar por experiencia propia. Es mejor —parece querer decirnos— ficcionar que historiar, para no engañar.¹⁸ Hay que agradecersele, porque la mayor parte de los memorialistas e historiadores que en su tiempo dicen hablar de los hechos que han vivido en persona, no tuvieron tanta contención, ni la misma prudencia.

Durante la mayor parte del asedio de Cádiz —empieza el relato—, estuve agregado al ejército británico al mando del general Graham. Al le-

¹⁸ En realidad, Dallas dice expresamente que no está escribiendo una «novel», sino que habla de «romance» y de «a fictitious character», aunque esa disquisición teórica —más compleja en la terminología inglesa que en la española— no interesa para lo que aquí se trata. Afirma haber tomado todos los hechos y observaciones de su diario y su experiencia veraz, y que solo pertenece a la ficción la leve estructura narrativa con que lo enlaza todo.

vantarse el asedio, acompañé a esas fuerzas en su glorioso avance a través de España y tuve ocasión de conocer y observar muchas partes del país, y el carácter y costumbres de sus habitantes (Dallas, 1818: I, IX).

En los capítulos IV-VII de la «novela», el protagonista Félix Álvarez narra con vivacidad la expedición angloespañola; aunque español, el ficticio personaje está agregado al estado mayor de un general de brigada inglés. Con una grata atención a los detalles de la vida cotidiana de los soldados, y tendiendo a menudo a la divagación paisajística y a intercalar secuencias costumbristas de los aspectos más pintorescos de la vida andaluza, Dallas relata el trayecto en barco de la flota británica de Cádiz a Algeciras, el desembarco del ejército español en las playas de Tarifa y la trabajosa marcha hacia el norte de las tropas combinadas, vivaqueando en el bosque de Facinas, vadeando la laguna de la Janda... El relato está concebido para glorificar a Graham y presentar a Lapeña como un militar prepotente y poco cualificado. Pero en vez de hacerlo en el relato de la batalla, prefiere adelantar el *agon* dramático entre los dos generales mediante un recurso más literario, narrando una anécdota de cuya veracidad sale por fiador con mucho énfasis y que, en efecto, ocurrió realmente, aunque es más dudosa la forma en que lo hizo. Es un brillante modo de caracterizar a los dos protagonistas y dejar claro de parte de quién está la gloria y de quién la infamia.

Llegada la columna expedicionaria al lago de la Janda, se ve obligado a vadearlo. Sobre el lecho cenagoso, que impedía el tránsito, se había sumergido una estrecha senda de piedras que hacían firme el suelo. Obviamente, el paso de unos quince mil soldados, con toda su impedimenta y con el agua por encima de la cintura, por un vado tan inseguro, de dos metros de anchura, era una operación larguísima. Dallas nos cuenta que pasaron primero los españoles:

Los soldados atravesaban el largo vado de forma cautelosa y lenta, y el general Lapeña, desde su caballo, les animaba a avanzar con más celeridad y menos aprensión. No obstante, sus palabras tuvieron escaso efecto, ya que fue trabajo de varias horas el paso de la división española al completo. Félix [...] sintió un impulso de vergüenza por que no se hubiera reprendido a los oficiales de los regimientos cuando pasaron, gran parte de los cuales, en vez de dar a sus hombres ejemplo de desprecio por las molestias, de estar pendientes de su paso y de animarles a avanzar, no tuvieron empacho, con egoísta preocupación por su propia comodidad, en sumarse a la carga de sus hombres montándoseles encima para procurar no mojarse. Félix era lo bastante ducho en el inglés para comprender el cuchicheo de desprecio hacia esos oficiales [...] que se excitó entre el estado mayor inglés [...]. Por casualidad quedó situado justo detrás del general Graham, en el momento en que la cabeza de la

columna británica comenzaba a asomar. Los hombres estaban algo despedigados y se metían en el agua con mucha cautela, pero todos los oficiales hacían cuanto podían para mantenerlos juntos, animando a los más débiles y castigando a los que solo eran indolentes. [...] Un rubor de sorpresa y admiración, mezcladas con vergüenza por el contraste con la conducta de sus compatriotas, bañó las mejillas de Álvarez cuando vio a este venerable soldado [el general Graham] meterse deliberadamente en lo profundo del vado, ayudando a los oficiales de los regimientos en el cumplimiento de su deber, hablando con sus hombres cuando se los cruzaba y pidiéndoles que apretaran la marcha. Atravesó la mayor parte del lago y el efecto de su presencia entre los soldados, así como de su desprecio por la comodidad personal, fue eléctrico. La división apretó su marcha en un orden tan cerrado y con tan poco cuidado por el inseguro sendero de piedras que pisaban o por el agua que lo cubría, como si estuviesen marchando por una gran carretera [...].¹⁹

Aquí está ya zanjada toda la historia de la batalla, es decir, la historia de quién es Graham y quién Lapeña, de cómo es el ejército español y cómo el británico, de

19 He visto también esta anécdota en la historia de Southey (1832: 164-165), que por las fechas bien podría haberse basado en Dallas; una fuente independiente y también testigo ocular es Surtees (1833), que da detalles diferentes, pero coincide en lo esencial. Charles Cadell se limita a comentar que el agua tenía tres pies de hondura (casi un metro), que dar un mal paso fuera del vado hubiera supuesto hundirse por completo y que Graham dio un gran ejemplo al desmontar con sus ayudantes y meterse en el agua señalando el camino hasta que todos pasaron (1835: 193), pero no dice nada del paso de los españoles, quizá porque, al contrario que Surtees, no se alejó de la columna inglesa en ningún momento. Bunbury atribuye el paso por las frías aguas a la imprevisión de los españoles y señala cómo la gallarda acción del «aged general» rodeado por «the officers of his staff» entusiasmó a las tropas anglo-portuguesas, sin mencionar tampoco a los españoles (1858: 543). Por su parte, el conde de Fabraquer afirma que «el general inglés, *acompañado de varios generales españoles*, echó pie a tierra y, colocándose a la cabeza de las tropas, entraron todos por el agua con el mayor entusiasmo, pasando la artillería sin menoscabo ninguno» (Muñoz Maldonado, 1833: 26-27, cursiva mía). En realidad, este historiador no hace sino seguir de cerca el relato oficial del Estado Mayor del 4º Ejército (escrito seguramente por Lacy): «El paso de dicha laguna había de hacerse por un vado empedrado, conocido por el arrecife de la Medicina, que solo se usa en verano, cubierto en la actualidad por bastante agua, muy estrecho, y profundos los contornos por ambos lados. El general inglés Gran [Graham], acompañado de otros generales españoles, echaron pie a tierra y entrándose por el agua fueron seguidos por las tropas ordenadas, que lo pasaron con entusiasmo, y la artillería sin menoscabo alguno» (Estado Mayor, 1811: 21r-v). Resulta sospechoso que no se nombre a dichos generales españoles, aunque el tono jovial de eficacia y ligereza con que se cuenta el hecho concuerda bien con el intento inicial del mando hispano de fijar un relato desproblematizado y triunfalista de la expedición. Lapeña, que se basa en ese mismo informe para hacer el suyo, se limita a decir que «superamos este difícil paso, no sin gran molestia y retardo» (1811: 10), lo que puede interpretarse como que él no se mojó, porque no

por qué pasó en la batalla lo que pasó. El desarrollo posterior de la acción es una mera consecuencia. Hay que reconocerle al escritor su capacidad para trazar este retrato. Más adelante, cuando relata la batalla en sí, nos muestra con bastante claridad algo que resalta en todas las fuentes inglesas. Para ellos, la batalla de la Barrosa es ante todo un único episodio, un único hecho: el ataque lanzado por Graham en solitario contra el cerro del Puerco, posición ventajosa que habían ocupado los franceses desde la retaguardia aliada. Es un lugar común de la táctica militar que las mejores posiciones son las que están en alto. Los franceses tenían cañones y el doble de efectivos que los ingleses, así que la acción del escocés tenía todas las bazas del heroísmo épico. Para asemejarse a la mítica carga de la brigada ligera en la batalla de Balaclava durante la guerra de Crimea, al ataque del cerro del Puerco solo le falta el catártico efecto de haber fracasado y, tal vez, la pluma de su propio Tennyson para inmortalizarla. Alexander Dallas, que no es Tennyson, lo cuenta en estilo vibrante y emocionado, desentendiéndose de los demás lances de la jornada, que fueron muchos, para centrarse en el heroico ascenso de los casacas rojas desde los pinares a la cima, diezmados por el fuego francés, pero sin retroceder nunca.

Como una marea de lava ardiente derramándose del cráter de un volcán cercano, proseguían su destructiva marcha, que nada podía detener. [...] Se produjo el encuentro... Nunca hubo un choque más atroz que el que siguió al cruce de sus bayonetas; pero las cruzaron y por todas partes manó la sangre. El combate fue largo y terrible. El general Graham dirigía los movimientos con su consumada pericia y animaba a los hombres con el ejemplo. A la cabeza de sus líneas y el más expuesto al peligro, reprimía su precipitación y dirigía su inquebrantable coraje. [...] El 8º regimiento francés quedó, por casualidad, justo enfrente del 87º británico. No era la primera vez que se habían encontrado. [...] Hubo algunos de los que aún componían la unidad francesa que reconocieron en sus oponentes a sus antiguos vencedores y recularon ante un lance que ya habían probado antes. Huyeron dejando tras de ellos sus orgullosas águilas: [...] huyeron vergonzosamente [...].

En el resto de su relato, Dallas se cuida de poner en evidencia a Lapeña y de subrayar la vergüenza y la infamia que caerán sobre él y sobre el nombre español

hubiera dejado de decirlo. El único testimonio en que he visto confirmado que hubo generales españoles dentro del agua es el diario del propio Graham, que afirma: «di el ejemplo de meterme en el agua, que fue seguido por Lacy, el príncipe de Anglona y otros» (en Oman, 1911: 102). Según la versión que explaya Oman, todo el paso de la laguna fue ordenado y dispuesto por la actividad de Graham, que se encontró a los españoles detenidos y confusos en la orilla; tal como lo cuenta, el escocés habría sido el primero de todo el ejército en entrar en la laguna.

que estaba encargado de defender. Pero todo eso no es lo realmente sustancial de esta reconstrucción literaria, lo que me interesa resaltar es el proceso de mitificación épica, por el cual todo el complejo desarrollo de la expedición y sus múltiples ramificaciones estratégicas, políticas y humanas, quedan comprimidos en una única escena, en el lance verdaderamente épico y la figura igualmente épica de Graham. A este respecto, da igual que fuese verdad o no en sus detalles: los ingleses habían encontrado un *lugar de memoria* ajustado a su genio nacional, a la imagen que tenían de sí mismos, de sus cualidades y de su ejército, una imagen basada en generales impertérritos y en disciplinados *tommies* dispuestos a sacrificarse sin pestañear. La batalla de la Barrosa les dio esa imagen: el general Graham ordenando atacar y triunfando contra pronóstico, mientras a lo lejos sus aliados se cruzaban de brazos; un bravo suboficial irlandés tomando el águila del regimiento enemigo, las orgullosas columnas imperiales deshechas en pánico... Por tanto, desde el punto de vista de las representaciones, de la ideología nacionalista a la que sirve la épica de la guerra, el círculo quedaba cerrado para los ingleses y la fuerza simbólica de aquel episodio no podía ir más allá de esta quintaesencia. No había nada más que añadir.

Desde 1811 la Barrosa quedó incorporada a una larga lista de tradiciones militares británicas, una leyenda más, particularmente cultivada por los regimientos que tomaron parte en la acción: medallas conmemorativas, honores y condecoraciones de la Corona, actos de aniversario, buques bautizados con el nombre de la batalla, etc. Gran Bretaña tiene tantas de estas tradiciones que una más no llama demasiado la atención, pero ahí está. La última expresión de esta épica que gira en torno a la proeza del cerro del Puerco es la única novela que se le ha dedicado, según mi conocimiento, *La furia de Sharpe* (*Sharpe's Fury*, 2006) de Bernard Cornwell.²⁰

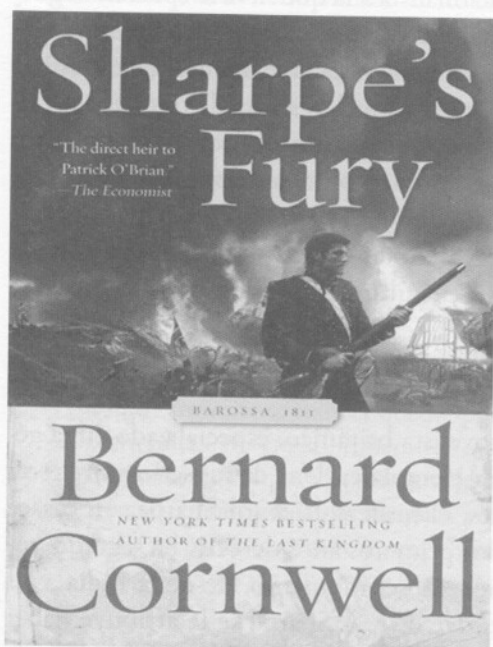
Cornwell es un prolífico y exitoso novelista británico, especializado en el género histórico, que ha vendido millones de ejemplares. Una de sus series novelescas tiene por héroe a un duro soldado inglés, el fusilero Richard Sharpe, un casaca verde (que no roja), cuyas aventuras en los primeros años del XIX ha seguido novela a novela por todos los escenarios bélicos del momento, desde la India a las guerras napoleónicas, incluida la *Peninsular War*. A Sharpe se le atribuye haber salvado la vida a Arthur Wellesley (futuro lord Wellington) en una refriega en la India y haber conquistado un águila francesa en la batalla de Talavera (es una proeza ficticia, pues la primera águila que tomaron los ingleses en España fue en Chiclana), entre otras hazañas. Sharpe pretende encarnar al soldado de a pie inglés,

20 En su versión española ha sido subtitulada *Richard Sharpe y la batalla de Chiclana, marzo de 1811* (Cornwell, 2008), apostilla que parece deberse a la editorial Edhasa, ya que en toda la novela no se emplea otro nombre que el de Barrosa para referirse a la acción.

un profesional, desecho social en su mayor parte, pero entrenado para matar y curtido para la violencia con una férrea disciplina, a la vez que generoso y un tanto sentimental cuando es necesario.

El novelista dice haber tenido la idea de ocuparse de la batalla de Chiclana cuando asistió en Jerez de la Frontera a la boda de un amigo. La visita a los antiguos campos de combate era obligada en un admirador de las glorias bélicas británicas:

Hoy en día no hay mucho que ver en Barrosa. Los españoles no tienen ningún motivo para recordar la batalla, y ahora el pueblo se ha extendido para convertirse en un agradable centro turístico costero a expensas de los lugares en los que murieron tantos soldados británicos, portugueses y franceses (Cornwell, 2008: 438, «Nota histórica»).



Dejando de lado la estricta trama novelesca que envuelve a Sharpe, el eje argumental sobre el que se plantea la batalla es sesgado, por no decir incorrecto. Se presenta a España y en particular al gobierno y el pueblo de Cádiz como profundamente dividido respecto a la alianza inglesa, de la que todos desconfían; según se dice, había en las Cortes y el gobierno un poderoso partido a favor de pactar con Napoleón, más enemigo de Inglaterra que de Francia, algo que, aunque tiene algún anclaje parcial en los hechos, no responde en absoluto a la realidad de la España patriota de 1811. La expedición de Chiclana se interpreta como un intento casi desesperado

por parte de la Regencia y del astuto embajador Henry Wellesley de obtener un éxito militar que despeje las dudas y aboque definitivamente a los españoles a apoyar a ultranza a Inglaterra. Bien es cierto que, como suele ocurrirles a los ingleses, siempre da la impresión de que lo que se ventila es una guerra mundial entre Gran Bretaña y Francia, en la que los españoles son unos molestos invitados que principalmente estorban, lo que desde luego tampoco es cierto. Graham, el otro héroe de la novela, es pintado como un guerrero duro

y valiente, que combate en primera línea y se hermana con sus soldados, cubierto de virtudes marciales (a pesar de que no era precisamente un militar de carrera); ese general de cuerpo entero iba a encontrar su día de gloria en el cerro del Puerco. Por contra, se hace una penosa caricatura de Lapeña, *Doña Manolito* como se le apoda en la novela recogiendo hablillas coetáneas (parece ser que en Cádiz le habían puesto el mote de Doña Manuela por considerársele un militar demasiado apocado que debía su carrera al favor de la duquesa de Osuna), un general de opereta, ridículo y gesticulante, con «manías de vieja», que siempre rehúye el combate y en quien nadie confiaba.

La expedición es un desastre desde el principio, por culpa de la ineficacia de los españoles. La primera frase de la sección dedicada a la batalla lo dice claro: «Aquello era un caos. Un maldito caos. Resultaba exasperante» (Cornwell, 2008: 297), a lo que otro inglés apostilla: «era absolutamente previsible», «en todos y cada uno de los detalles [...], exactamente lo que suponíamos». Y lo que suponían era, claro está, que el ejército de Lapeña no daba la talla. No se ahorra ni uno solo de los puntos de crítica que se lanzaron al general español en 1811, y añade unos cuantos de su cosecha. La novela sostiene la teoría de que toda la dirección de campaña de Lapeña se encaminaba, desde un principio, a no presentar batalla, sino conducir directamente la expedición hacia el puente provisional de Sancti Petri para regresar a la Isla de León. Por eso se asegura que Lapeña cambió la ruta de Medina por otra ruta costera; él siempre adujo que no quería demorarse en una acción menor en Medina y que buscaba reunir todas las fuerzas sobre el extremo oeste, el más débil, de la línea de asedio francés, pero según la novela se trataba simplemente de rehuir el combate, porque en realidad nunca pensó combatir.²¹ En la novela, la visión de la estrategia del español es más cruel que en los peores ataques de 1811: durante todas las vibrantes páginas dedicadas a la lucha entre británicos y franceses, se recalca que los españoles permanecen lejos, seestean, fuman y juegan a las cartas; Lapeña come jamón y bebe vino con su séquito. De vez en cuando, para compensar una visión tan maniquea, que sirve bien al conflicto dramático de la novela,

21 Esta interpretación, poco generosa en el mejor de los casos, tiene su respaldo en algunas de las fuentes testimoniales inglesas, que como suele ocurrir en el género memorialístico, transmiten rumores, prejuicios e informaciones tergiversadas con la contundencia (solo aparente) de los testigos presenciales. Así, Thomas Bunbury asegura que los españoles reentraron en la Isla directamente sin combatir, cuando es un hecho incontestable que la división de Lapeña regresó a su base un día más tarde que la de Graham: «our unworthy allies, with treason and folly in the van, marched onwards without seeking the enemy, and passed into La Isla by a bridge of boats which had been thrown across the river at St. Peter by the garrison of Cadiz» (Bunbury, 1858: 543).

pero no tanto a una tentativa de verdad histórica, se advierte que los españoles, bien dirigidos, no son tan malos soldados. «Los *don* pueden resultar muy poco dispuestos a colaborar, pero no son estúpidos» (203). Y en la nota histórica que cierra la obra, donde el novelista intenta distinguir la parte de ficción de la parte real de su relato, se dice que «los españoles estaban avergonzados por el abúlico comportamiento del general Lapeña. Sus tropas eran más que capaces de luchar y de hacerlo bien» (436), y recuerda Bailén y la Albuera. También dice que el gobierno español ofreció a Graham el título de duque del cerro del Puerco y que este lo rechazó por considerarlo una componenda para silenciarle sobre Lapeña.

Pero obviamente hay razones para este maniqueísmo: la ininterrumpida tradición épica británica sobre Barrosa, de la que la novela no es más que la última entrega. La decisión de Graham de combatir en condiciones desfavorables no se presenta nunca como un desacato de las órdenes o el plan establecido, ni como una temeridad, sino como la única y genial reacción de un soldado de raza ante la trampa en que Victor estaba haciendo caer a los aliados. Toda la acción concluye con un largo y emocionado relato paso a paso de la gesta británica, centrada en las dos acciones principales: el terrible ascenso de los ingleses por la ladera del cerro y el combate paralelo en el llano entre otra división británica y los franceses, que culminan con la retirada vergonzosa de los imperiales y la conquista del águila de uno de los regimientos (el 8º de línea), que llevaba el distintivo de la corona de laurel con que Napoleón había honrado a las unidades que vencieron en Austerlitz. Y ahí se detiene la novela, que fantasea sobre las consecuencias:

En aquellos momentos todo Cádiz estaba alabando a los británicos, a los británicos que habían capturado un águila y humillado a los franceses. Ya no había esperanza de una nueva Regencia en España, ni de una paz sensata con el emperador, porque la fiebre de la guerra había llegado a Cádiz y su héroe era sir Thomas Graham (Cornwell, 2008: 431).

Cornwell ignora el hecho de que era precisamente Wellesley quien quería mudar de Regencia, en especial deshacerse de Blake, y buscaba para ello apoyos en las Cortes. Mas la imaginación es el privilegio de los novelistas, incluso de los históricos. En cualquier caso, el discurso épico continúa, con la consistencia propia de las gestas heroicas, que siempre son más atractivas para la fantasía individual y para el ego nacional que las explicaciones políticas y las justificaciones ofendidas. No hay, entonces, nada que se pueda añadir.

EL DOLOR Y EL GOZO

No sabremos nunca a ciencia cierta cuál de todas estas voces tenía razón, cuál era la verdad absoluta de los hechos, el culpable de lo que salió mal o el héroe de lo que salió bien. La guerra es un universo confuso de responsabilidades infinitas e imprecisas y, aunque los hombres se hacen la ilusión de dirigirla, más bien son arrastrados por ella. Y como comúnmente se dice, incluso un reloj parado da bien la hora dos veces al día. Grandes victorias se pueden conseguir a partir de grandes errores y los mejores planes pueden abocarse al fracaso por la conjunción de azares sobrevenidos y acontecimientos imprevistos, o simplemente porque demasiadas personas y factores intervienen a la vez, como para saber a quién atribuir la victoria o la derrota, o ambas a la vez, como parece ser el caso de Chiclana. Los intentos de delimitar las responsabilidades y los méritos de la acción de la Barrosa me recuerdan una de las grandes novelas bélicas del siglo pasado, *The naked and the dead* (1948), de Norman Mailer; en esa novela se nos habla de una remota isla del Pacífico en la II Guerra Mundial donde los japoneses están férreamente atrincherados y un ejército norteamericano se desespera en un agobiante asedio sin progreso ni fin, como el de los franceses alrededor de Cádiz. Un general megalómano y cruel urde un enrevesado plan para derrotar al enemigo que pasa por enviar una patrulla de reconocimiento a una expedición imposible tras las líneas japonesas, un viaje terrible e inútil al horror; no obstante, aunque la patrulla no logra su objetivo, de repente los japoneses se rinden casi sin disparar y se descubre que estaban desmoralizados y famélicos. Los americanos y el general consiguen su victoria, a pesar de que estaban completamente equivocados sobre la realidad de la situación; nada de lo que hicieron o dejaron de hacer contribuyó a ello, pero una victoria es siempre una victoria..., o no.

En cuanto a la victoria, real o imaginada, de Chiclana, de lo que apenas hablan los testimonios, las polémicas, los epigramas, las justificaciones, los cantos épicos, las memorias y los olvidos, las novelas, los discursos parlamentarios..., es del único paisaje que a fin de cuentas y de cuentos dejan tras de sí las batallas. De lo que casi nadie dice nada es de los muertos —los propios y los ajenos—, de la carne de cañón descuartizada y la sangre que tiñó la arena y los pinares. El mariscal Soult escribía con desparpajo que, de los angloespañoles, quedaron tres mil hombres fuera de combate, como quien cuenta cabezas de ganado en el matadero, y se desesperaba por que el Emperador no le enviaba unos cuantos miles de cabezas más para la siguiente batalla, la siguiente guerra, la siguiente carnicería... Yo no me resigno a que hablemos de las guerras del pasado en tono épico, un tono que hoy jamás emplearíamos sin escándalo en las guerras del presente, ni en las que nos depara un desdichado futuro. Serán glorias patrias e hitos históricos, serán *lugares de memoria*,

como dicen las penúltimas modas de la pedantería académica, pero son guerras al fin y al cabo, y como tales, sucias, inmorales y dañinas. Conviene recordar esto. Prefiero, pues, terminar este repaso paseando, no entre páginas empapadas de tinta, sino entre cadáveres empapados de sangre, como hacía Salustio en las magistrales frases con que concluía hace veinte siglos la historia de otra guerra:

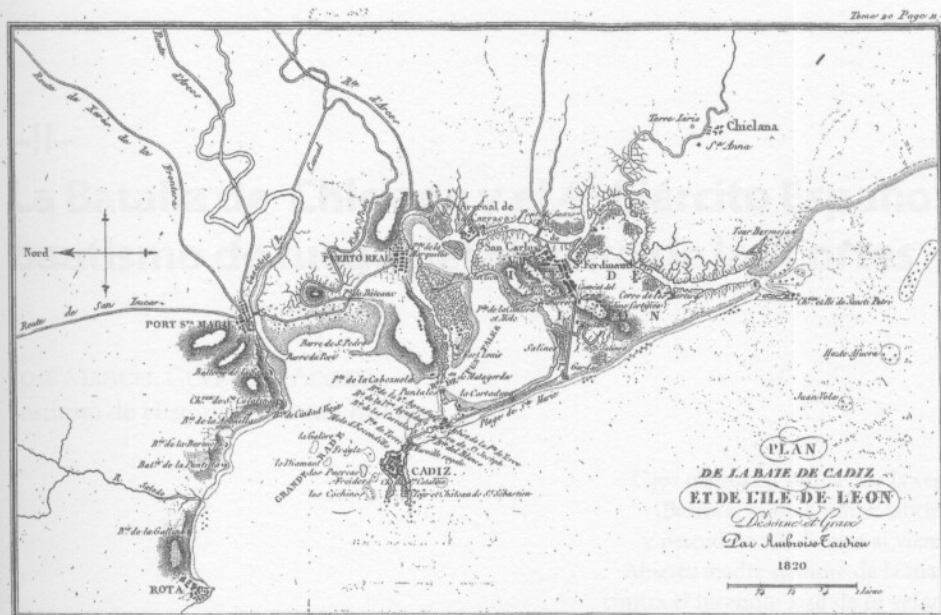
Sin embargo, el ejército del pueblo romano no obtuvo una victoria ni alegre ni incruenta. Pues los más valientes o habían muerto en la batalla o se habían retirado gravemente heridos. Y muchos que habían salido del campamento para curiosear o para expoliar, al dar vuelta a los cadáveres enemigos encontraban unos a un amigo, otros a un huésped o a un pariente; hubo asimismo quien reconoció a rivales suyos. De tan variada forma bullían por todo el ejército la alegría, la tristeza, el dolor y el gozo.²²

Evocando acaso este conocido pasaje, Alexander Dallas también concluyó su evocación novelada de su batalla, de su *lugar de memoria* personal, con una cabalgada entre los muertos:

Álvarez recorrió a caballo luctuosamente el campo de batalla. Los sentimientos de euforia y la ansiosa atención puesta en una sola cosa que le habían ocupado durante la contienda remitían ahora y le dejaban solo la conciencia de la miserable situación de los seres humanos que le rodeaban. Era ya noche cerrada y la luz de la luna, que a duras penas tapaba con un leve velo las imágenes de dolor y muerte en sus formas más horrorosas, no servía sino para aumentar las sensaciones de aflicción con que escuchaba los gemidos y exclamaciones de agonía que le venían al oído desde sitios adonde su vista no era capaz de extenderse. Impresionado con la idea de su propia impotencia para aliviar a uno solo de los muchos sujetos que despertaban su compasión, abandonó el campo y, tras cruzar el puente provisional, no perdió tiempo hasta alcanzar la ciudad. Se detuvo en una posada de la Calle Real y con bastante dificultad consiguió que lo dejaran entrar y le dieran una cama (Dallas, 1818: I, 174-175).

Y en su cama se metió, a olvidarse del horror y la vergüenza de la guerra.

²² «Neque tamen exercitus populi Romani laetam aut incruentam uictoriam adeptus erat; nam strenuissimus quisque aut occiderat in proelio aut grauiter uulneratus discesserat. Multi autem, qui e castris uisundi aut spoliandi gratia processerant, uolentes hostilia cadauera amicorum aliorum, pars hospitem aut cognatum reperiabant; fuere item, qui inimicos suos cognoscerent. Ita uarie per omnem exercitum laetitia, maeror, luctus atque gaudia agitantur» (*Bellum Catilinae*, § 61). La traducción es mía.



Plano de la bahía de Cádiz e Isla de León, de Ambroise Tardieu, en Victoires et conquêtes (Beauvais, 1820: 11)

En el mismo plano del teatro de guerra que se representa en esta obra se ve el estado de las cosas en el momento de la batalla de Cádiz, en la mañana del día 21 de agosto de 1810. En este estado, por consecuencia de la victoria, recién obtenida por los franceses, se ve el estado de las cosas en el momento de la batalla de Cádiz, en la mañana del día 21 de agosto de 1810. En este estado, por consecuencia de la victoria, recién obtenida por los franceses, se ve el estado de las cosas en el momento de la batalla de Cádiz, en la mañana del día 21 de agosto de 1810.

En el mismo plano del teatro de guerra que se representa en esta obra se ve el estado de las cosas en el momento de la batalla de Cádiz, en la mañana del día 21 de agosto de 1810. En este estado, por consecuencia de la victoria, recién obtenida por los franceses, se ve el estado de las cosas en el momento de la batalla de Cádiz, en la mañana del día 21 de agosto de 1810. En este estado, por consecuencia de la victoria, recién obtenida por los franceses, se ve el estado de las cosas en el momento de la batalla de Cádiz, en la mañana del día 21 de agosto de 1810.

La batalla de Cádiz, que se celebró el 21 de agosto de 1810, fue una de las batallas más importantes de la guerra de independencia española. En esta batalla, el ejército francés, al mando del general Ruffin, fue derrotado por el ejército español, al mando del general Castaños. Esta victoria permitió a los españoles mantener el control de Cádiz y de la bahía de Cádiz, lo que fue crucial para la resistencia española durante la guerra de independencia.